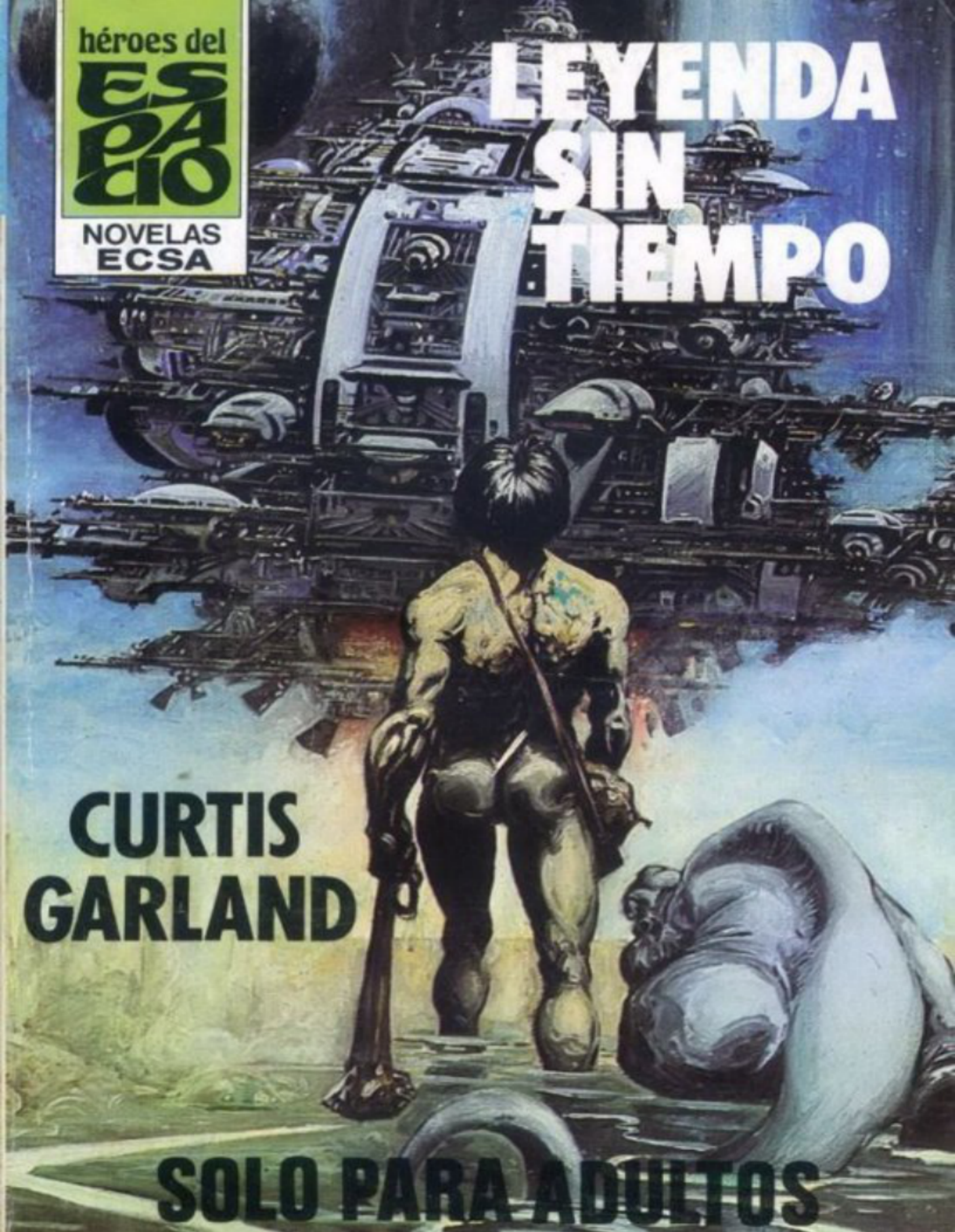


héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
LEYENDA
SIN
TIEMPO
CURTIS
GARLAND
SOLO PARA ADULTOS



Khariel



Gracias a todos los que han colaborado con sus aportaciones a la biblio:

Pepin33, Raton2007, eljosemi, Nigurath, Sentesente, Etriol, Halincito, jerubio, Silverio Zertuche, Lord_Fenix, Figor, trpmaster, el_parlita, meganessus, Superbored, mikamy, Mikon, kuntaloko, Luz Negra, gilgador1978, pinefil, dojioutlaw, amergein, Trycster, Josuto, Samedi, Dramor, Xavi, Sonsoles, tiberius76,kaito kaito, dramor, mianroma, Franco, kain, Krayton, Muermo, FJ, delfix, Rikitaku, Omoicata, lifk94, matapitufos, wiwall, Gator767

Autor: Garland, Curtis
ISBN: 9788485626564
Generado con: QualityEbook v0.60

Leyenda sin tiempo

CURTIS GARLAND

colección

HEROES DEL ESPACIO n.º 20

AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 23.297 – 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1980

CAPITULO I

LLEGÓ aquella noche.

Venía de una lejana galaxia que era visible de cíe la Tierra. Una nebulosa conocida aquí como Andrómeda Para él tal vez tenía otro nombre muy diferente.

Había hecho un largo viaje para llegar al planeta desconocido, insignificante y remoto en que ahora se hallaba. Un viaje a través del Tiempo y del Espacio. Un habitante de este mundo al que él llegó aquella noche desde la lejana Andrómeda, hubiera podido concretar la magnitud de ese viaje con cifras bastante exactas Hubiese dicho que el viajero recorrió una distancia de mas de veintiún *trillones* de kilómetros. De más de dos millones doscientos cincuenta mil años-luz

Era la distancia Tierra-Andrómeda en cifras aproximadas. Una distancia imposible de recorrer por ser viviente alguno.

Y, sin embargo, él la había recorrido. El llegó a la Tierra cuando precisamente su nebulosa de origen era visible allá en la distancia, como una mancha luminosa remotísima. Sólo que la luz que llegaba en esos momentos al planeta Tierra, era una luz con bastante más de dos millones de años de antigüedad. Justamente lo que tardaba en recorrer esa distancia fabulosa e inconcebible para todo ser humano.

Para él, apenas había sido nada. Un simple viaje hacia el destino elegido. Simplemente eso.

El Viajero miró a su alrededor con cierta curiosidad. No le resultaba familiar nada de lo que veía. Todo era tan diferente a lo que él dejaba atrás en su lejano mundo...

Se desplazó lentamente por el paraje elegido para su término de viaje. Estudió todo cuanto le rodeaba, tratando de entenderlo y de asimilar su exacta naturaleza. Pareció conseguirlo, con alguna dificultad inicial.

Luego, se detuvo junto a un árbol. Tocó su corteza, pensativo. Pareció analizar su composición orgánica solamente con el simple roce de sus dedos. Se inclinó, e hizo idéntica operación con la tierra polvorienta y con la hierba de un matojo cercano. Luego, permaneció reflexivo, como si su mente fuese una computadora que registrara minuciosamente cada dato aportado por el examen de aquellas formas y cosas que le eran ajenas.

Y así era. Tras aquel rostro hermético, carente de expresión, tras una mirada glacial e insondable como una noche polar, un cerebro privilegiado y de extraña capacidad y desarrollo —extraña, al menos, hubiera resultado para cualquier habitante normal de la Tierra—, estaba trabajando activamente, registrando de forma precisa todas sus

iniciales sensaciones físicas en el mundo que le era desconocido.

Finalmente, elevó su mirada a las estrellas. Las estudió con lentitud, absorto en la contemplación de la Osa Mayor y la Menor, así como de la visión remota de astros como Hydra, Casiopea, Hércules o Virgo. Y, por fin, sus ojos perspicaces, de singular alcance y capacidad de visión, se fijaron en un punto concreto de las constelaciones visibles en la noche primaveral. Allá, en los límites del horizonte norte de la visión celeste nocturna, una nebulosa forma fosforescente llamó su atención. Por vez primera desde que pisara suelo terrestre, sus pupilas misteriosas parecieron reflejar algo parecido a una cierta emoción, un destello fugaz y sombrío.

Andrómeda. La nebulosa estaba allí, entre Cepheus y Triangulum, en su posición habitual en tales épocas del año, no lejos de las Pléyades ni de Perseo.

Andrómeda.

El conocía aquella región cósmica con otro nombre. Pero daba igual. Se trataba de Andrómeda para los humanos. Eso lo sabía él también. Tenía motivos para saberlo. Los mismos motivos que ahora le habían traído aquí, a un lugar insignificante de un pequeño sistema solar que desconocía. A un mundo llamado Tierra. Donde los hombres eran parecidos a él en lo físico. Humanoides como él, con escasas variaciones biológicas. Pero con mucha diferencia mental y psíquica.

Apartó con dificultad sus ojos de aquella nebulosa que le era tan familiar. Sabía lo distante que estaba de ella. Sabía que no debía sentir emociones de ningún tipo por ello. Ahora estaba aquí, y eso era lo que contaba.

Avanzó sin prisas hacia un punto del paisaje que formaba una elevación natural, arbolada. A su alrededor, sonaban unos peculiares chirridos que en principio no identificó. Trató de localizar en su mente los sonidos registrados como familiares en la Tierra, y al fin su poderosa computadora natural, encerrada entre las paredes de su cráneo, le dio una respuesta simple: Grillos.

Grillos, simplemente. Cantaban en la noche. Casi sonrió, aunque no sabía sonreír. Insignificantes animalillos de la Tierra, insectos sonoros e inofensivos, que abundaban en la campiña, y entonaban sus alegres cánticos en tiempos primaverales y estivales. Era lo que tenía grabado en su memoria.

Se desentendió de ellos. Subió al altozano. Desde allí, perplejo, contempló un extraño paisaje. Al menos, lo era para él.

Había luces allá al fondo. Y edificaciones.

No eran como las luces de su mundo Ni edificios como los que él conocía. No, todo aquí era diferente. Más arcaico, más viejo. Las luces no eran solares ni producidas por energía cósmica, como las de su mundo. Tampoco los edificios eran de vidrio indestructible ni de

materiales plásticos de color. Ni las ciudades tenían la misma estructura arquitectónica. La gente no parecía viajar por el aire con burbujas flotantes dotadas de autonomía de vuelo. Ni los vehículos eran visibles en la noche, salvo por la existencia de un par de débiles focos que se deslizaban por un camino o una calle. Era una ciudad de poca importancia, ciertamente. Pero debía ser exactamente la ciudad que él buscaba. Tenia que serlo. Sus sensores no podían confundirse en modo alguno de lugar. Había calculado minuciosamente el Espacio-Tiempo de las coordenadas de su travesía intergaláctica.

Aunque aquellas luces no daban demasiada claridad, sobre todo a causa de una densa y rara neblina sus ojos se esforzaron en escudriñar a distancia las calles de la población. Le bastó para ello poner en funcionamiento las células extrasensoriales de sus pupilas, obteniendo mayor luminosidad y visión telescópica.

Como en un *zoom* propio de cualquier cámara fotográfica de los terrestres, la imagen se le aproximó con velocidad, hasta darle una visión clara y amplia de una de las principales calles de aquel lugar. Observó el paso de muchos peatones, quizá demasiados, entre aquellos arcaicos vehículos de cuatro ruedas y dos faros que desfilaban por sus calles a ridícula velocidad, teniendo que detenerse ante puntos donde un cambio de luz permitía a los peatones cruzar ante los vehículos detenidos. Todo ello primario y torpe. Aquella gente, pensó, tenía mucho que aprender.

Y se preguntó cómo era posible que, con semejante nivel de civilización, les hubiese sido posible llegar tan lejos. Se preguntó...

No. No se preguntó ya nada más. Estaba estudiando la indumentaria de los seres que se movían por la ciudad. El tendría que cambiar sus propias ropas. No podía pasar desapercibido entre la gente tal como vestía ahora. Eran tan diferentes las prendas de vestir de uno a otro mundo...

Eso tendría fácil arreglo. No era una de las mayores dificultades, ni mucho menos. Otras vendrían después para tener que ser resueltas sobre la marcha. Idioma, modo de expresarse, de actuar, comportamiento habitual, reacciones emocionales... Todo eso era accesible para él, pero no resultaría sencillo. No debía de hacerse notar. Todavía no. Hubiese sido uno de los mayores errores,

Había tomado ya una resolución en firme. Se irguió. Caminó hacia la cercana población, eludiendo tomar los senderos o carreteras donde podía cruzarse con alguien. Su presencia hubiese causado sobresaltos y alarma, bien lo sabía. Sus prendas de vestir, su tonalidad metálica brillante, su diseño tan insólito para la especie humana que vivía en la Tierra, hubieran sido demasiado para cualquier sencillo habitante de la región que se hubiera cruzado con él.

Pronto alcanzó los límites del lugar. Se detuvo, mirando en torno

suyo, hasta ver un edificio de grandes vidrieras, tras las cuales aparecían reproducciones inmóviles de seres humanos con aquellas ropas que ellos lucían en sus calles.

Casi sonrió. Era sumamente sencillo adoptar su aspecto. Bastaban unas pocas prendas de las que lucían los maniquíes de madera y escayola, eso es lo que hizo ahora.

De sus ropas, extrajo el Viajero un objeto cilíndrico, que enfiló hacia la vidriera, tras tocar la superficie de ésta y analizar mentalmente su composición Proyectó un delgado hilo de luz azul sobre el vidrio. Luego, lo hizo mover en sentido circular, como si fuese un simple juego visual con un rayo láser.

El vidrio se disolvió en humo, formando un círculo limpio, vacío. Sus bordes parecían como cortados por un diamante. Pero el círculo de vidrio había desaparecido totalmente.

Entró por ese hueco sigilosamente y se apoderó de una serie de prendas que consideró adecuadas para su persona. Luego, abandonó en silencio el escaparate por el mismo boquete circular usado para entrar. Lamentó no poder pagar aquel desaguisado. No tenía dinero de este planeta. Ni podía expresar su condolencia por el daño a nadie,

Se limitó a alejarse con las ropas en su brazo, perdiéndose en una zona oscura, dentro de un callejón repleto de cubos de basuras. Un gato que husmeaba en los desperdicios, le contempló fijamente, con fosforescentes ojos amarillos, soltó un bufido, erizándose su pelo, y escapó, maullando asustado.

Algo, en el Viajero, era capaz incluso de asustar a los anímales demasiado sensitivos. Y, sin embargo, cuando salió del callejón, dejando en un cubo de basuras sus brillantes ropas metálicas, vestido con las prendas robadas en la tienda, nadie hubiera dicho que había en él nada anormal, nada diferente al resto de las personas que habitaban en aquella pequeña ciudad.

Sin embargo, un perro callejero que se cruzó con él poco más tarde, se apresuró a alejarse, con el rabo entre sus patas, lanzando un ronco aullido de terror.

El Viajero siguió adelante su camino, en la noche provinciana, en dirección a las calles más céntricas de la población.

Su mirada seguía siendo de hielo, incapaz de revelar emoción alguna. Pero algo, en su ausencia de expresión y en la fijeza glacial de sus inquietantes pupilas, revelaba una oscura, siniestra razón para haber hecho tan largo viaje por las estrellas, en busca de algo que sólo podía encontrar en el planeta Tierra.

Y ese algo significaba la muerte para alguien.



—Es inevitable, querida. Tenemos que hacerlo.

—Otra vez, Lem... ¡Otra vez *huir*!

—Sí, otra vez. No hay otra salida, entiéndelo. Sabíamos esto antes de ahora. Nos arriesgamos a ello, y no podemos renunciar ahora., Es demasiado tarde para volverse atrás,

—Aún existe una posibilidad —jadeó ella, mirándole fijamente—. Y tú sabes cuál es, Lem...

El se quedó mirándola con expresión sombría. Sus labios se fruncieron en un crispado rictus de desesperación. La aferró por los hombros, atrayéndola hacia sí.

—No —dijo roncamente—. *Eso*, no. Nunca.

—Sería una solución, Lem. Para ti, para mí... y para él.

—Estás loca. No vuelvas a decir eso. Piemos aceptado el riesgo. Bien. Lo correremos Basta el final. Sin capitulaciones.

—Tú sabes lo que significará que nos arresten. He observado miradas de recelo en algunas personas. Sospechan lo que sucede, pese a todos nuestros esfuerzos por aparentar normalidad. Ellos creo que lo *saben*. Cualquiera puede denunciarlo al Comité de Control. Y todo habrá terminado. ¿No sería mejor ponerle fin sin que tú quedes involucrado en ello? Bastaría mi muerte. Yo me suicido, y muere conmigo la criatura, Lem Ya no nacerá nunca. Y yo, la responsable, me he matado. Tú quedas libre de toda acusación.

—¡He dicho que no! —clamó él, con acento exasperado—. Nunca... ¡Nunca haremos eso! Vamos a seguir adelante, ocurra lo que ocurra.

—Es que sólo puede ocurrir ya una cosa, y tú lo sabes tan bien como yo... Es demasiado tarde. Cinco meses ya. No me harían abortar. La ley lo prohíbe. Matarían al hijo y a la madre. Eso sí es la ley, Lem. Nos enviarían a una cámara de exterminio. Y todo terminaría para nosotros dos, pero no para ti. Se te considerará responsable por no haber informado de ello oportunamente. Serás deportado a una penitenciaría especial... por muchos años.

—¿Y qué diablos puede importarme a mí la libertad, Cylda, si tú no estás a mi lado para compartirla? Seguiremos adelante juntos. No se hable más de ello. Ni toleraré que tú te mates, ni que me libres a mí de responsabilidades con una confesión tuya. Nada de eso se hará. Vamos a marcharnos de esta ciudad, a ocultarnos en cualquier parte. Eso arreglará las cosas.

—¿Por cuánto tiempo? —se lamentó ella—. Ocurrirá lo mismo de

siempre. Ellos verán algo raro en mí. Notarán al fin el embarazo. ¿Y qué sucederá? Que nos entregarán al Comité de Control para ser castigados adecuadamente. A nadie le gusta verse obligado a no tener hijos, y ver cómo otra persona los tiene. La ley es igual para todos.

—¡Es una ley criminal!

—Pero es la ley, Lem —gimió Cylda amargamente—. Sabes lo que ocurre en el mundo. Superpoblación, hambre, contaminación excesiva, agotamiento de fuentes energéticas y alimenticias... Por eso se dictó la ley.

—No es justa. Un hijo, uno solo, no puede causar daño a nadie...

—Se permite tener uno, bien lo sabes, y lo tuvimos.

—Pero murió, Cylda...

—Eso no les importa a ellos. La ley no hace distinciones. Si un hijo fallece, eso no anula el primer nacimiento. Se exige la esterilidad de marido y mujer.

—Ya hemos cumplido ese requisito legal.

—Sí, pero *después* de quedarme yo embarazada —sonrió ella tristemente—. Eso cambia radicalmente las cosas. No podremos tener otro hijo. Este es el último. Nuestra única esperanza de tener uno que pueda sobrevivir.

—Por eso seguimos adelante. Y no vamos a retroceder ya a estas alturas. Dentro de cuatro meses, él habrá nacido. Ya no podrán hacer nada. No exterminan a los recién nacidos. Hay otra ley que lo prohíbe.

—Lo sé, lo sé. Pero esos cuatro meses pueden ser un infierno. Demasiado tiempo para pasar inadvertidos, Lem querido —musitó ella amargamente—. Sea aquí o en otra ciudad del país...

—Tenemos que conseguirlo. O intentarlo, cuando menos. Cualquier cosa será mejor que dejarse sorprender y capturar. Quiero que nazca nuestro hijo, que no peligre su vida ni la tuya...

—Aunque esa ley que prohíbe matar niños exista, sabes también que hay funcionarios celosos de su cargo que, para evitarse problemas, fingen que el niño ha nacido muerto, encargándose ellos mismos de su exterminio inmediato, Lem.

—Se habla de ello, sí. Por eso es mejor huir, créeme. Y buscar un lugar seguro.

—¿Existe ese lugar?—No lo sé. Pero hay que buscarlo... —la tomó de la mano, encaminándose hacia la puerta de la vivienda con ella—. Vamos ya. Cuanto antes nos marchemos, tanto mejor.

—Espera, Lem. El equipaje...

—¿Estás loca? Si nos ven con una maleta a estas horas, sospecharían de nosotros. Cualquiera podría delatarnos. O detenernos una patrulla. No, no. Hay que irse con lo puesto, querida.

—¿Y perderlo todo?

—Tenemos algún dinero aún. Las ropas y objetos personales

pueden reponerse. La vida, no. Ese hijo... tampoco. Recuerda que somos ya estériles, por exigencias de la legislación vigente, Cylda. No habrá otra oportunidad. Ninguna más. El debe nacer... o nunca existirá ese hijo que deseamos. En marcha, vamos pronto.

Cylda, al fin, cedió disponiéndose a salir al exterior y huir en la noche.

Cylda lanzó un grito ronco. Lem retrocedió unos pasos, repentinamente lívido, al ver enmarcada la figura, recortándose en el umbral, sobre el fondo neblinoso de la noche iluminada, en la que las bramas de la creciente contaminación atmosférica convertían el aire en algo denso e irrespirable, que hacía trazar, halos fantasmales a las luces callejeras.

—¿Quién... quién es usted? —gimió Cylda, aterrada, contemplando la figura humana que se interponía ante ellos.

El hombre no respondió. Entró lentamente en la casa. Cerró tras de sí. Se quedó mirándoles fijamente. Luego, de pronto, su voz sonó extraña, con una fría entonación metálica:

—¿Lem Aghark? —preguntó.

—S... sí —jadeó Lem, muy pálido, cubriendo a su esposa con su propio cuerpo—. ¿Y usted? ¿Quién es? ¿Un funcionario del Gobierno? ¿Un miembro de las Fuerzas de Control y Represión?

—No —negó lentamente el desconocido, sin alterar un músculo de su extraño, severo rostro anguloso, bajo el pelo totalmente blanco, de un tono nevado y brillante—. Soy Yyl.

—¿Yyl? —repitió dificultosamente Lem—. Es un extraño nombre... ¿Qué hace aquí? ¿Está espiándonos? ¿Va a denunciarnos al Comité? Le aseguro que se equivoca. Nosotros...

—No. No puedo equivocarme —negó fríamente el hombre del pelo nevado—. He venido de muy lejos en su busca, Lem Aghark.

—¿Buscándome a mí? ¿Por qué? ¿Es que nos sigue acaso?

—No necesito seguirles —dijo con indiferencia—Puedo localizar a cualquier ser y lugar en el universo si así lo deseo. No hay error posible. Le he encontrado, Lem Aghark.

—Temo no entender nada. ¿De dónde viene, exactamente? ¿De Megalópolis acaso? ¿De Centroville? ¿De Aeroland?

—No. No conozco ninguno de esos lugares que cita. Vengo de Xigur.

—¿Xigur? ¿Qué es eso? No hemos oído nunca nombrar un sitio semejante...

—Lo sé. Para ustedes, tiene otro nombre. Se llama... Andrómeda.

—¡Andrómeda! —Lem miró ahora al extraño, preguntándose si no se había metido un demente en su casa—. Pero eso... eso no es una ciudad. Eso es... es...

—Una galaxia. Lo sé muy bien —los fríos labios del desconocido

se curvaron en una mueca sardónica—. Es *mi* Galaxia Mi mundo. Vengo desde allí en busca de Lem Aghark.

—Es absurdo. No tiene el menor sentido. Nadie viaja aún entre galaxias. Y yo soy un perfecto desconocido incluso para la gente de mi mundo. ¿Seguro que está usted bien de la cabeza, amigo?

—Soy Yyl de Xigur. De Andrómeda, para usted. Hice un largo viaje de dos millones largos de años-luz, para utilizar medidas que ustedes entienden, Y usted era mi objetivo, la razón de mi viaje.

—¿Yo? ¿Pero por qué? —Lem no salía de su asombro—. ¿Qué pretende de mí?

—.*Matarle* —silabeó Yyl fríamente. Y su mano se alzó, empuñando algo que parecía un arma, un tubo metálico de singular brillo, que apuntó a Lem.

—¡Matarme! —jadeó Lem, entre asombrado y atemorizado—. Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Porque ésa será mi venganza —dijo con voz tensa y amenazadora el fantástico y misterioso visitante—. Juré que le mataría, Lem Aghark. Y voy a hacerlo.

CAPITULO II

NI un solo instante pensó Lem en que bromease el extraño. Su expresión glacial, su mirada de hielo, su ausencia total de emociones, su rigidez y su modo de expresarse, seco y cortante, no dejaban margen a la duda. No había nota alguna de honor en aquel hombre, fuese quien fuese.

El objeto que le encañonaba le era totalmente desconocido. Parecía un simple tubo de metal azul, pero encerraba un significado evidentemente ominoso e inexorable. Sin duda alguna, era un instrumento de muerte.

Tras él, Clyda parecía dispuesta a evitarle como escudo humano, para plantar cara ante el ominoso visitante nocturno. Pero Lem logró mantenerla a sus espaldas, aunque no impedir que ella casi gritara con su voz aguda y temblorosa:

—¿Por qué va a matar a mi esposo? El no ha hecho daño a nadie. Si acaso, mátame a mí, que estoy quebrantando la ley y quiero tener a un hijo, el último de mi vida...

Los ojos del extraño se fijaron en ella, gélidos. La faz del hombre alto, de piel oscura y pelo níveo y sedoso, no reveló ninguna reacción emocional ante sus palabras excitadas.

—No entiendo lo que me dice —se limitó a responder—. No es usted quien me interesa en absoluto, sino un hombre de la Tierra llamado Lem Aghark.

—Yo soy Lem Aghark, ya se lo dije —terció él—. Pero no puedo creer que nadie venga de tan lejos. Nadie puede viajar a Andrómeda. Ni creo que nadie pueda venir de allá. Es materialmente imposible. Usted mismo lo dijo: dos millones y medio de años-luz. Nadie puede viajar tan de prisa... ni ser tan viejo.

—No puede entenderlo —manifestó fríamente Yyl—. Hay algo que viaja con mayor rapidez que la propia luz: la energía, el ser viviente hecho espíritu, algo inmaterial e invisible, que puede estar casi al mismo tiempo en Andrómeda y en la Tierra. Y en el mismo instante puede hallarse en el pasado, el presente o el futuro del universo. Donde no hay Tiempo ni Espacio, está lo que no es materia. Yo no he sido materia en el viaje espacial. Fui, sencillamente, teletransportado por proyección inmaterial de mis átomos convertidos en nada, hasta su materialización posterior en el lugar y momento elegidos. Ahora, dejemos la charla. He venido a matarle. Y lo cumpliré, Lem Aghark.

—Pero ¿por qué? ¿De qué puede conocerme un ser de Andrómeda?

—Usted tiene que saberlo mejor que nadie —había algo acusador e implacable en aquel modo de mirarle—. Porque usted *estuvo* ya en Andrómeda. Aunque quizá todavía no haya estado, según se considere el Tiempo. Mi propósito es vengarme si ya estuvo. O evitar que haga lo que hizo… si todavía no lo ha hecho.

—Lem, no entiendo nada —gimió Cylda—. Este hombre debe estar loco…

—No, no todo es locura lo que dice —rechazó Lem, sombrío, arrugando el ceño y estudiando atentamente a su fantástico visitante —. Creo entender algo en su extraña forma de expresarse. Es… es como si no estuviera seguro de algo. Como si la distorsión del Espacio-Tiempo en su viaje intergaláctico, le haya hecho dudar si algo sucedió realmente… o sí está aún por ocurrir,

—Veo que me comprende —Yyl le miró fijamente desde su helado rostro bajo la melena blanca y lisa—. La leyenda existe. Está escrita. Y ella dice que sólo el día de la venganza se hará justicia.

—¿Leyenda? ¿Qué leyenda?

—Es inútil hablar de ello —movió la cabeza despacio—. Supongo que negará conocer a alguien llamado Arcania.

—Arcania… ¿Es un nombre de mujer? —Lo es —hubo un centelleo de fuego helado en las pupilas del extraño—. El nombre de la más hermosa mujer del universo. ¿No lo recuerda ya, Lem Aghark?

—No es sólo eso. No olvidaría un nombre así. Es que… no lo he oído antes jamás.

—Está mintiendo.

—Juro que digo la verdad.

—Mentir no le salvará la vida. He venido a matarle.

—Me doy cuenta de ello. No miento. Nunca oí hablar de ninguna Arcania.

—¿Ni tampoco de Woj el *Supremo*?

—No, tampoco.

—Si dice la verdad, es que aún es tiempo de evitar que ocurra lo que ya ocurrió.

—Nadie evitará jamás lo que ya ha sucedida —Si se viaja hacia atrás en el Tiempo, aún es posible. Yo lo he logrado.

—Según eso, se supone que yo voy a ser culpable de algo que aún no he cometido.

—Sí, eso es,

—Y usted va a vengarse en mí de ello.

—Sí.

—Es absurdo. No puede vengarse de algo que no ha ocurrido. No sería justo,

—Tal vez sea lo más justo de todo. Impedirá un horrible crimen,

—Pero causará otro: mi muerte no tiene sentido si no he hecho

nada. Entonces, ése sí es un crimen.

—Es un simple concepto temporal —rechazó Yyl con aspereza—. No va a salvar su vida con subterfugios.

—Dudo mucho que sea yo esa persona a quien busca. En nuestros tiempos, en la Tierra, no hay medios para que nadie cause daño a un ser de Andrómeda. Sencillamente, la distancia que nos separa es tal, que no existe posibilidad de influir en las vidas de su propio mundo, Yyl.

—Pero usted... *estuvo* una vez en Andrómeda. De eso no hay duda. Yo lo sé. Lo dice la leyenda.

—¿Qué dice, exactamente, esa leyenda? —suspiró Lem, —Que un hombre del lejano planeta Tierra, llamado Lem Aghark, llegó a Andrómeda un día. Y cuando pisó el mundo de Xigur, llevó allí el Mal y la desgracia. Causó la muerte de Arcania, y el dolor de Yyl. Sólo la venganza de Yyl puede poner fin a la leyenda e impedir que la desdicha vuelva a nuestro mundo en el futuro. Por eso he venido aquí. Por eso tengo que matar.

—Yo nunca podré ir a Andrómeda. Es materialmente imposible, Yyl —suspiró Lem con triste sonrisa—. No hay medios en este mundo de intentarlo ni remotamente.

—Algún día se encontrarán esos medios La leyenda no miente. La pérdida de Arcania es real. La presencia de un hombre llamado Lem Aghark en Xigur, también. El Supremo lo sabe. Yo lo sé. No admite discusión.

—Escuche, Yyl, tal como está actualmente la ciencia en la Tierra, soñar con ir un día a Andrómeda es sólo un delirio, un imposible. Nadie con un mediano sentido común pensaría jamás en lograrlo Ni se puede intentar, salvo con una nave sin tripular, que tarde millones y millones de años en llegar allí... si llega alguna vez. Ni en sueños puede viajar allí un hombre.

—Lem Aghark estuvo —dijo con insistencia monocorde el visitante.

—Oh, Dios... —se exasperó Lem—. ¡Yo nunca pude estar allí... ni estaré *jamás*! Pero si ha tomado una decisión, llévela a cabo. Será un asesinato a sangre fría. Pero no creo que pueda evitarlo... Nadie puede evitarlo, si un ser capaz de semejante viaje ha decidido matar a alguien, imagino que sus poderes deben ser muy grandes...

—Lo son. Físicamente, soy un humanoide como ustedes. Pero mentalmente, mi poder es infinitamente superior. Y la civilización que represento, también lo es respecto a la que he visto que existe aquí.

—Por suerte para ustedes —murmuró Lem con amargura—. Adelante, Yyl. Terminemos con esto de una vez. Sólo siento que mi esposa tenga que arreglárselas sola desde este momento... con el hijo que espera en su vientre.

—¿Un hijo? —Yyl se volvió, mirando atentamente a Cylda. Sus ojos se fijaron en su regazo—. ¿Está en estado de gestación?

—Sí. Pero eso, en la Tierra, está prohibido actualmente.

—¿Prohibido tener hijos? ¿Por qué?

—Superpoblación. Hemos alcanzado el año pasado los seis mil quinientos millones de habitantes. Se calcula que dentro de otros cincuenta años, al ritmo actual demográfico, serán nueve mil quinientos los millones de seres que invadan la Tierra en una auténtica masa humana sin apenas alimentos ni aire respirable para todos.

—Ya he notado que el aire es insoportablemente denso, que hay una poderosa contaminación en la atmósfera. ¿Se ha prohibido procrear? Eso significará el fin de su raza...

—Sólo se puede tener un hijo por pareja. Si sobrevive, bien está. Si muere, no se puede tener otro, porque se esteriliza a marido y mujer.

—¿Y ustedes...?

—Tuvimos un hijo. Murió a poco de nacer. Nos esterilizaron. Pero antes, había florecido de nuevo la vida en mi esposa. Mentimos en nuestra declaración jurada. Es un delito grave, pero queremos que nos viva un hijo, al menos. Ahora teníamos que huir, porque se va notando el embarazo y peligra la vida de ella y del crío. Sólo si nace estará a salvo, siempre que no le asesinen ciertos funcionarios que obran por cuenta propia. Buscábamos un nuevo refugio, un escondrijo para esperar su nacimiento... cuando usted llegó.

Yyl seguía mirando fijamente el vientre materno. Una rara luz brillaba en sus pupilas.

—Va a ser un niño —dijo.

—Sí —Lem le miró sorprendido—. Las pruebas nos dieron ese resultado la pasada semana. ¿Cómo sabe que va a ser un varón?

—Poder psíquico —manifesté Yyl con indiferencia—. ¿Qué nombre le pondrán sí nace?

—Mi mismo nombre. Está decidido. Lem Aghark II.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó rápido Yyl.

—Es una costumbre cuando uno quiere que el propio hijo siga la estirpe paterna: Lem Aghark II. Cuando nazca, viva yo o no, así le llamará mi esposa.

—Lem, querido... —gimió Cylda, angustiada—. Ese hombre no puede ser tan cruel que me deje ahora sin ti... Sería el más abominable de los crímenes: la muerte de tres personas, no de una sola. Yo sé que no podría sobrevivir sin ti. Y menos aún el niño...

—Esperen —habló lentamente Yyl—. Creo que ha habido un error. Un tremendo error.

—¿Qué clase de error?

—Mi llegada a su planeta. Tal vez el Tiempo sufrió una distorsión diferente. Debo hacer algunos cálculos para estar seguro... —se dejó caer en un asiento y reflexionó, con expresión sombría—. Lem Aghark II...

—Temo no entenderle...

—Espere. Yo tampoco lo entiendo aún del todo. Déjenme pensar...

Y pensó. En silencio, con expresión taciturna, absorto en sus ideas, como si fuese una máquina computando datos fríamente almacenados en su cerebro implacable.

Al fin suspiró. Se puso lentamente en pie Miró a Lem y a Cylda. Luego, al leve bulto que empezaba a insinuarse en el vientre materno.

—Sí —dijo—. Hubo un error de años. Apenas un error de décimas de segundo en el cómputo de tiempo espacial, pueden significar siglos enteros en un mundo. Aquí no ha sido tanto. Pero mi llegada a la Tierra se anticipó... en más de veinte años.

—¡Veinte años! —jadeó Lem, perplejo—. Yo tengo treinta ahora. Para entonces habré pasado de los cincuenta. Las leyes especifican que nadie pase de los cincuenta. Se extermina a la gente madura, para evitar exceso de habitantes. La edad permitida para vivir es justamente ésa: cincuenta años. Para entonces, yo no podría ir aunque pudiese hacerlo materialmente, a ese mundo suyo tan remoto. Porque ya estaría muerto, ejecutado en los Centros de Reducción Demográfica Programada que mantiene el Estado.

—Pero en esas fechas, Lem Aghark, *alguien* tendrá solamente veinte o veintidós años y será capaz de llegar a Xigur, a Andrómeda, para destruir a la hermosa Arcania.

—¿Quién?

—Lem Aghark II... —señaló al vientre materno con su arma azul —. Su hijo. Ahora lo sé. El será el hombre que viajará a las estrellas para llevar la muerte y el dolor a mi mundo...

Lem y Cylda se miraron con expresión horrorizada. Ambos comprendieron que, si era realmente así, si aquel asombroso ser de otros mundos tenía razón, y su mente superior había hecho bien el cálculo, la vida que iba a ser exterminada inmediatamente por el visitante de otra galaxia, era su futuro hijo, la criatura en plena gestación.

Y, para ello, tenía que morir también su madre, Cylda.

—No... —jadeó roncamente Lem, mortalmente lívido—. *Eso*, no, por el amor de Dios...

Pero sabía que todo cuanto pretendiera decir a aquel inexorable ser de las estrellas sería inútil.

Si su decisión era matar a la criatura no-nata, la mataría por encima de todo.

CAPITULO III

—LEM Aghark II. Es lo que dice, exactamente, la leyenda. Creí que esa cifra de orden carecía de importancia. Ahora veo que no es así. Será un hijo quien destruya a Arcania algún día, no usted.

—¿Y para evitarlo... debe morir él? —preguntó roncamente Lem.

—Es inevitable —asintió Yyl—. Eso salva su vida.

—¡Y condena a la de mi hijo, a la de mi propia esposa! —clamó Aghark, exasperado, enfrentándose sin miedo alguno, con ojos centelleantes y rostro convulso al temible visitante de los astros—. ¡Será un doble crimen peor aún que el que pretende vengar y que ni si quiera llegará a cometerse, porque su autor habrá muerto antes de nacer!

—Es posible que la situación resulte absurda, fantástica de pura paradójica. Pero el Tiempo es algo tan relativo fuera de nuestros respectivos mundos, cuando las leyes naturales se alteran... Lo siento. Tengo que hacerlo. Es una promesa que hice cuando Arcania dejó de existir. Y cumpliré mí promesa por encima de todo.

—Adelante —invitó con amarga expresión resignada Cylda, avanzando hacia él y mirándole serenamente—. Es preferible terminar de una vez. Para matar ahora a mi hijo, tiene que matarme a mí. Hágalo. Pero no cause daño alguno a Lem. Se lo ruego...

Yyl no dijo nada. Miraba con fijeza a la mujer. Y, sobre todo, a su vientre, como queriendo taladrar, con su extraña potencia visual, la envoltura física que ocultaba al ser en embrión.

Tras un silencio, Yyl se sentó de nuevo, guardando su arma, Lem y Cylda se miraron, sorprendidos y desorientados.

—No —dijo Yyl—. No sería justo. Tiene razón usted, Lem. Sería un crimen. El peor de todos. Su esposa no ha causado daño a nadie. No debe morir.

—¿Cree.., cree que puede matar a una criatura con cuatro meses de gestación, sin causar daño a su madre? —dudó Lem.

—No, creo que no puedo hacerlo. Son vidas unidas entre sí. Sé lo que es gestar un hijo. También las mujeres de Xigur tienen hijos del mismo modo. Todos somos mamíferos y animales racionales de tipo humanoide, Lem. Entiendo bien el dilema.

—¿Entonces... qué piensa hacer?

—No lo sé —suspiró Yyl—. Por vez primera en mí vida, no sé qué hacer. Me gustaría ayudarles, incluso. Hacerles escapar de las crueles e injustas leyes de su mundo. Pero no puedo hacer nada. No puedo mover un dedo para ayudar a ese niño que no ha nacido. Sería tanto como permitir que todo suceda igual que ha sucedido.

—Todo lo que ha sucedido, sucederá, sí se contempla desde el pasado o el futuro. Nadie puede cambiar el destino de los seres humanos, sea en Xigur o en la Tierra —sentenció sombríamente Lem.

—Es lo que usted dice. Yo no pienso así. Si muere Lem Aghark II, todo cambiará en Xigur, estoy seguro. Por tanto, *tiene* que morir,

—¿No puede usted regresar a su mundo... y volver a la Tierra dentro de esos veintitantos años? Sería lo más justo.

—Imposible —negó Yyl con su nívea cabeza lentamente—. Sólo puede hacerse una vez ese viaje. El segundo, significaría morir convertido en nada, dispersos los átomos de mi ser en el vacío estelar, a causa de los efectos de los rayos proyectores de materia sobre el organismo. Un solo viaje en una vida. Ida y vuelta. Y nada más, Lem. ¿Comprende ahora?

—Sí, comprendo —suspiró Lem cansadamente—. Tiene que hacerlo, ¿no? Pues adelante. Imagino que sería inútil que intentase defender a mi hijo atacándole a usted...

—Del todo —los ojos glaciales del extranjero se entornaron—, Físicamente, no puede vencerme ninguno de ustedes, los terrestres. Tampoco mentalmente. Soy superior. Ni lo intente siquiera. No deseo causarle daño.

—Pero va a causárselo a los seres que más quiero: mi esposa y mi hijo.

—Todavía no les he causado daño.

—Pero va a hacerlo de un momento a otro.

Hubo un largo silencio. Fuera, sonó una sirena distante, que iba aproximándose. Luego, la sirena se detuvo. Hubo golpes en alguna parte. Golpes fuertes, enérgicos. Lem y Cylda se abrazaron, en tensión, a la expectativa. Sonaron voces. Luego, gritos agudos de mujer y blasfemias de una ronca voz de hombre enfurecido.

—¡No, no, mi hijo no! —clamaba ella—. ¡No lo hagan, por el amor de Dios! ¡Prefiero perder yo la vida, pero el niño, no! ¡Nooo!

Lem y Cylda se pusieron rígidos, abrazados el uno al otro. Yyl les miró, sin expresión. Luego, fue a una ventana; la entreabrió, oteando el exterior, tras apagar una luz junto a la misma.

—Es la casa de enfrente —dijo—. Hay hombres con uniforme verde y casco blanco.

—Son ellos... —jadeó Cylda, convulsa—. El Control de Natalidad. Una patrulla de vigilancia. Alguien les informaría, un denunciante... Pobre gente...

—A él le han golpeado cuando quería resistirse —explicó Yyl—A ella se la llevan los guardas uniformados, hacia el interior de un vehículo metálico de color pardo.

—El coche-patrulla de servicio para represión de infractores de la Ley Kahn. Kahn es el Legislador del Estado que dispuso el Programa

de Crecimiento Uno; es decir, sólo un hijo, vivo o muerto, por familia, y luego la esterilidad genética,

—Entiendo. ¿Matan a la mujer también?

—Sí. El embarazo de más de un mes significa el exterminio de madre e hijo —asintió ceñudo Lem—. Sabía que esa pobre chica vecina nuestra estaba en nuestra misma situación.

—Y me temo que ella también se dio cuenta de mi estado — musitó Cylda.

—¿Cree que la delatará a usted? —preguntó Yyl, sin volverse hacia ellos.

—Estando usted ahora aquí, eso tiene poca importancia ya — manifestó Cylda con una amarga sonrisa de sarcasmo—. Pero no creo que me delate. Sin embargo, le sonsacarán lo que quieran, sometiéndola previamente a interrogatorio mediante una computadora programada para captar mentiras humanas. No suele Miar el sistema.

—De modo que sí yo no mato a Lem Aghark II antes de nacer, ellos lo harán,

—Eso es cierto —afirmó Lem—. Pero de ellos podíamos huir. O intentarlo, al menos. De usted, no. Lo sé muy bien. Lo supe desde el principio,

Yyl cerró la ventana de nuevo. La sirena se alejaba en la noche. Volvió el silencio a la zona. Lem y Cylda no desviaban sus ojos del hombre inmutable de blanca melena suave,

—Vamos a hacer un pacto —dijo de pronto Yyl.

—¿Un... pacto? —vaciló Lem—. ¿Qué clase de pacto?

—Veremos si le interesa. Es todo lo que puedo hacer por ustedes... y por el niño que aún no ha nacido.

Otro silencio reinó en la estancia. Lem parecía perplejo, desconfiado. Pero nada podía ser ya peor que aquello: los vecinos capturados por la patrulla policial, él y su mujer, con el niño en gestación, en poder de un terrible e inexorable vengador llegado de remotos confines del universo...

—¿Es que piensa realmente hacer algo por nosotros? —vaciló.

—Ya se lo he dicho. —¿También por... por ese niño que cuando nazca, según usted, tan terribles males ha de llevar a su propio mundo?

—Aunque le parezca extraño, también por él, sí. Pero recuerde que será un pacto. No puede faltar a la palabra que dé, si está de acuerdo conmigo y con mi oferta. Yo nunca quebranto una promesa. Espero que usted no intente hacerlo.

—No sé aún en qué consiste ese pacto.

—Lo va a saber en seguida. Su situación es mala. Muy mala. Y no hablo sólo por mí, por lo que he venido a hacer aquí. Me refiero única

y exclusivamente a esto que les rodea. Viven en un mundo despiadado, donde los actos naturales de las criaturas están sometidos a reglas bárbaras y crueles, a causa de errores pasados. Es posible que sea cierto que su aire respirable parece veneno, y que los alimentos se van agotando. Pero eso no se resuelve haciendo asesinar criaturas o impidiendo que nazcan otras. De todos modos, no es asunto mío mezclarme en sus problemas. He venido a hacer algo, y lo haré. Pero existe una posibilidad para ustedes, una esperanza de que, cuando menos, su esposa se salve de su destino. En eso consiste mi oferta,

—Temo no entenderle.

—Es sencillo: permitiré que nazca el niño. Después, se cumplirá mi decisión.

—¿Le matará una vez llegado a este mundo?

—Es inevitable que lo haga. Pero su madre se habrá salvado. Y usted también. Nadie podrá acusarles de nada. Habrán evitado ser descubiertos por sus autoridades, y castigados por su delito,

—Pero el niño morirá de la misma manera...

—Eso no puede remediarse. Morirá de todos modos. Tome su decisión. Yo puedo ayudarles a huir de aquí.

—¿Usted? —dudó Cylda, angustiada su expresión, oprimiendo con ambas manos su vientre, fértil por última vez en la vida—. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque les voy a arrebatar algo que desean mucho y que aman ya, incluso antes de nacer. Podría cumplir ahora mi misión, sin más alternativas, ustedes lo saben. Pero sabré esperar.

—¿Hasta que nazca? —jadeó Lem.

—Si Hasta que nazca. Cuando la vida de la madre no peligre. A cambio de ello, les permitiré evadirse de sus adversarios, burlar las leyes terrestres. Todo eso, por una sola cosa: tener derecho a ser el ejecutor de ese niño, llegado el día.

—Dios mío... —gimió Cylda—. Es igualmente horrible. Sería preferible terminar ya ahora, de una vez...

—No, espera —la serenó Lem, aferrándola por ambos brazos. Apretó sus dedos sobre la piel femenina, y la miró directamente a los ojos con expresión singular—. Escucha esto bien, Cylda: debemos aceptar e] pacto con Yyl. Es lo mejor de todo. Tendremos por delante cinco meses de esperanzas, de afán de lucha, de un empeño desesperado por sobrevivir. Y el niño no morirá así, brutalmente, dentro de tu propio ser, condenándote a ti irremisiblemente.

—Pero...

—Cylda, tenemos que aceptar —silabeó él con voz enérgica, resuelta, sin dejar de oprimir los brazos femeninos.

Ella le contempló en silencio. Creyó captar algo en los ojos de su esposo. Acaso un mensaje patético, mudo, exasperado. Algo que le

advertía de que eso era lo mejor, de que había un resquicio de luz en alguna parte. Una luz que ella no veía ni intuía siquiera, en su desesperación de madre, pero que él, Lem, sí parecía advertir y trataba de avisarla de ello sin palabras.

—Está bien —gimió dócilmente, creyendo entender el mudo mensaje de Lem—. Se hará lo que tú quieras. Estoy en tus manos, Lem. Confío en ti...

—Gracias, Cylda —suspiró él, soltándola—. Espero que no te arrepentrás nunca de esta decisión...

Se apartó de ella. Miró a Yyl. Respiró hondo, y terminó por añadir con voz ronca:

—Ya ha oído, Yyl. Aceptamos el pacto. El niño será suyo... cuando todo esto haya terminado, si usted nos salva de esa gente, de nuestras leyes y de nuestros verdugos, en la forma que sea, Pero si no fuese así, si ellos nos dieran caza...

—El pacto quedaría roto —dijo lentamente Yyl—. Y yo renunciaría a mi venganza, para dejar que el destino se cumpliera en ustedes conforme a las leyes y decisiones de sus hermanos de raza y de civilización, Lem.

—Be todos modos, el niño moriría igual, usted lo sabe.

—Aunque viviera, yo renunciaría a mi venganza.

—Eso significa que está muy seguro de triunfar, de sacarnos de todo riesgo...

—Sí, lo estoy. No me gusta mentir.

—Lo suponía.

—Como también sé que usted ha advertido a su esposa de la única y débil esperanza que alienta en usted

—¿Qué... qué quiere decir? —jadeó Lem, crispado, sufriendo un sobresalto.

—Vamos, vamos. Puede engañar a uno de los suyos, no a mí —la sombra de fría sonrisa que era capaz de hacer asomar Yyl a sus labios delgados y prietos, surgió de nuevo al añadir—: Puedo leer en su mente con facilidad, Lem. Sé que tiene una vaga esperanza en salvarse ambos y salvar a su hijo, burlándome a mí. Ha pensado que cinco meses de gestación son muchos meses y, en el transcurso de ellos, no sólo pueden burlar realmente a sus leyes con mi ayuda, sino burlarme también a mí en alguna forma.

—Es usted terrible, Yyl. Parece saberlo todo —gimió Lem, desesperado.

—Sencillamente, soy superior a ustedes, eso es todo. Diferente raza, distinto desarrollo mental y psíquico, poderes que ustedes no han cultivado y que existen en su naturaleza como en la nuestra... Creo que es humano que pretenda engañarme, aunque no sea honesto. Desea vivir y que vivan los suyos. Le comprendo y le disculpo. Pero

también le quiero advertir: no tenga esperanzas. No va a engañarme en modo alguno.

—Aun así, las tendré. No puedo prometerle que trate de ser honrado en todo momento. Como usted dijo, por encima de todo, soy humano. No me importa fingir y engañar con tal de conseguir lo que pretendo.

—Me gusta eso, cuando menos: su actual sinceridad. Ambos sabemos, por tanto, a qué atenernos. Mantenga su esperanza estos meses, si eso le hace más feliz. Pero no trate de jugarme una mala pasada. Eso no lo perdonaría.

—No lo haré. Usted parece que va a ser nuestro salvoconducto en el futuro inmediato, para burlar el cerco del Comité de Control de Natalidad. Pero sólo en ese sentido seré leal. Llegado el momento, es cuando no prometo nada. No puedo ser en conciencia un cómplice pasivo de la muerte de mi propio hijo, ni siquiera a cambio de conseguir nosotros dos la vida y la libertad definitivas.

—De acuerdo. El pacto queda así establecido —Yyl alargó su mano broncínea, en cuya muñeca advirtió Lem la presencia de una extraña pulsera de algo que ni siquiera sabía si era metal, con unas placas que, en ciertos momentos, despedían reflejos iridiscentes, para estar luego de nuevo totalmente opacas—. Sellémoslo, Len Aghark.

—Sellado queda —Lem apretó aquella mano, extrañamente fría y musculosa, cuyo poder físico debía de resultar tan notable como las vibraciones psíquicas que captó su sensibilidad al simple contacto con aquel sorprendente ser de las estrellas.

—Bien. Ahora, no hay tiempo que perder. Vamos a salir de aquí.

—¿Cómo espera lograrlo, si desconoce el mundo donde se halla y los recursos de las fuerzas de seguridad de este planeta?

—Deje eso en mis manos. No se preocupe por mis posibilidades. Sé que las tengo todas. Absolutamente todas.

Y se movió con singular elasticidad hacia la puerta de la vivienda, escuchando tras ella atentamente, con todo su cuerpo rígido, igual que si estuviese en guardia contra algo o alguien.

—No hay nadie en los alrededores —dijo sordamente—. Podemos salir.

—¿Cómo puede saber eso? —se asombró Cylda, aferrándose medrosa a su esposo.

—Lo sé, y basta. Mí fuerza extrasensorial es muy superior a la de ustedes. Puedo «ver» cosas que ustedes no verían nunca, gracias a mis otros sentidos físicos desarrollados adecuadamente.

—Como haría un ciego en la Tierra. —susurró Lem, perplejo.

—Algo así —admitió con indiferencia el hombre del cabello blanco nevado, procediendo a abrir la puerta. Mostró el exterior, neblinoso y mal alumbrado—. Vamos ya. Presiento que el peligro está

próximo...

Salieron de la casa los tres. Lem miró atrás al cerrar la puerta. Otro hogar que abandonaban, en su desesperada lucha por sobrevivir y hacer nacer al niño. Y, sin embargo, esto último ya ni siquiera era factible. Estaban en manos del extraño viajero de las galaxias. Sabía a ciencia cierta que de aquel hombre fantástico no era fácil evadirse.

Lo que comprobó unos momentos después, le confirmó en esa sospecha. Apenas habían llegado a una cercana esquina, parapetándose tras ella, cuando sonó una sirena policial en las desiertas calles de la ciudad dormida. Lem y Cylda se miraron, apretándose las manos.

—Otra patrulla —susurró ella.

—Y viene hacía acá — asintió él,

Yyl se limitó a hablar con tono seco:

—Se lo advertí. El peligro era fácil intuirlo. Vienen a por ustedes. Es evidente que esa vecina suya confesó en seguida...

Era cierto. Lem, con un escalofrío, descubrió el coche parduzco, con sus dos potentes reflectores proyectados a través de la bruma contaminante de la atmósfera. La sirena era un gemido metálico y siniestro en la noche.

Se detuvo frente a la casa recién abandonada. Los nervios de Lem se tensaron, y giró la cabeza hacia su acompañante.

—No tardarán en advertir nuestra fuga —jadeó—. Bloquearán la zona, batirán todo el sector hasta dar con nosotros... —No se inquiete —habló Yyl fríamente—. No van a encontramos.

—¿Tiene... alguna nave de su planeta aquí? —musité Cylda, esperanzada.

—No —negó el hombre de Andrómeda con calma—. No utilicé nave alguna para llegar, señora. Fue solamente proyección de energía, recuérdelo. Un viaje por transporte a distancia de mis átomos... No poseo nave alguna. —Entonces... ¿cómo escapar de ellos ahora? —susurró Lem.

—Le dije que era cosa mía. No se inquieten. No va a sucederles nada.

Su seguridad y firmeza eran escalofriantes. Lem Aghark casi se sintió seguro a su lado. Tremendamente seguro, como si ningún peligro tangible pudiera acecharles mientras Yyl les protegiese.

—Síganme los dos —exigió con autoridad el Viajero—. Y no intenten nada que yo no les indique. Desobedecer mis órdenes o intentar usar su iniciativa personal les sería funesto a ambos, recuérdenlo.

—No haremos otra cosa qué seguirle, Yyl —afirmó Lem, observando cómo los patrulleros de Control Demográfico penetraban a viva fuerza en la vivienda tras fracturar la puerta sin contemplaciones,

una vez desoídas sus insistentes llamadas.

Y así fue. Le siguieron en silencio, cuando el sorprendente hombre de pelo blanco se puso en marcha.

Las calles aparecían totalmente desiertas a estas horas avanzadas de la noche. Una neblina densa, maloliente, flotaba en torno de ellos, como envolviendo todo en tenue humo grisáceo, cada vez más espeso. Lem explicó eso a Yyl unas pocas manzanas más adelante:

—Las fábricas y centros industriales trabajan en turnos durante la noche, para no destruir más rápida e intensamente el medio ambiente. Pero el resultado es el mismo: la atmósfera de la Tierra está ya tan envenenada, que bastan esos gases para emponzoñarla del todo durante las horas de actividad.

Asintió Yyl pensativo. Sin dejar de caminar, guiándoles por aquella ciudad que a él tenía que resultarle extraña y que, sin embargo, recorría con sorprendente firmeza, guiado acaso por sus facultades extrasensoriales, comentó con voz sorda:

—En mi mundo, los medios industriales son totalmente limpios. Una energía sin poder contaminante permite que los grandes centros de producción no alteren el equilibrio ecológico jamás.

—Aquí hay zonas limpias, donde no se contamina nada —suspiró Cylda—, Pero sólo están destinadas a gobernantes y altos funcionarios de la Administración. Yyl no dijo nada, pero su gesto reflejó sarcasmo ante esa explicación. En la distancia, no lejos del centro urbano, el humo era mucho más denso, y el fuerte hedor del aire se intensificaba por momentos. Un indicador señalaba que en aquella dirección se hallaban los vertederos de basuras para su transformación en productos energéticos y en alimentos sucedáneos de otros ya extinguidos. Yyl lo leyó sin comentar nada. Era como si fuese descubriendo paulatinamente la verdadera faz de aquel planeta, la miseria y la angustia de una raza que no había sabido poner freno a sus propios errores y abusos, Y ahora, quizá, era demasiado tarde para reparar eso, aunque recurriesen a programas restrictivos descontaminantes o al rígido sistema de reducir a casi cero la población humana.

—¡Cuidado! —avisó de repente Yyl, aunque Lem y Cylda nada advertían de alarmante.

Les echó atrás con rapidez obligándoles a ocultarse entre las columnas de un edificio público, en una zona de sombras donde él mismo también se sumergió. Por unos instantes, Lem temió que su guía se hubiera equivocado al dar su alarma.

Pero no era así. Llegó a sus oídos repentinamente un sonido áspero, de pisadas fuertes en el pavimento. Y una patrulla en recorrido de ronda a pie, apareció instantes después por la esquina inmediata. Sus lámparas proyectaron una cruda luz en la calzada y aceras,

haciendo bailotear las densas sombras de las columnas, como amenaza tangible de ser descubiertos todos ellos. Pero no ocurrió nada. La patrulla se alejó, el ritmo sordo de sus pisadas se perdió tras otra esquina finalmente. Lem y Cylda respiraron hondo, con alivio. Yyl parecía inmutable.

—Be no ser por usted, nos hubieran cazado —jadeó Lem—. ¿Cómo les detectó?

—No hay ningún mérito en ello —se encogió él de hombros, indiferente—. Es evidente que mis sentidos están más entrenados que los suyos, eso es todo.

El sorprendente personaje reanudó la marcha. Lem y Cylda se miraron, apretándose las manos, firmemente sujetas entre sí, al iniciar el camino de nuevo. Ambos sabían que, sin aquel hombre llegado de tan lejos, aquel hombre que era para su futuro, hijo una terrible sentencia de muerte, ya hubieran caído en manos de las patrullas de vigilancia nocturna.

Durante unas manzanas nada nuevo sucedió, y fueron aproximándose a los límites de la población por la zona de los centros industriales, donde el aire era más denso y neblinoso, y por tanto donde más difícil podía resultar descubrirles a simple vista.

Pero una nueva y tremenda prueba les aguardaba no tardando mucho.

Habían dejado atrás uno de los silos metálicos destinados a desperdicios urbanos con destino a los grandes colectores que conducirían las basuras a centros de producción energética y alimenticia, y se hallaban cerca de las alambradas y tapias de cemento de un edificio industrial, cuando súbitamente, sin que el propio Yyl pudiera advertirlo a tiempo, surgió ante ellos una figura humana.

—Dios mío… —jadeó Cylda, parándose en seco—. ¿Quién es?

Unos ojos dilatados, terriblemente fijos y vidriosos, se clavaron en ellos, desde la mancha lívida de un rostro trémulo, angustiado. Una mano huesuda se alzó lentamente y señaló a Cylda acusadora. La muchacha retrocedió, mientras Lem la sujetaba con decisión, alarmado ante la presencia de aquel extraño personaje.

—Ella… —musitó una voz ronca—, Ella está… *embarazada*.

Yyl estudiaba a la persona con quien se habían trojezado. Advirtió que era una mujer. Una mujer todavía joven, pero extrañamente ajada, con los cabellos lacios y revueltos, con sus ropas rotas y sucias. No parecía muy equilibrada.

—No diga tonterías —replicó ásperamente Lem—. Trabajamos en la planta industrial. Vamos a nuestra tarea. Déjenos pasar, buena mujer.

—Mienten —silabeó ella con expresión inquietante, abriendo aún más sus horribles ojos redondos y vidriosos—, ¡Mienten! ¡Es una

mujer que huye porque va a tener un hijo! ¡Un hijo ilegal!

Estaba levantando la voz de forma preocupante para ellos. Lem trató de disuadirla desesperadamente, antes de que cualquier vigilante de la zona industrial advirtiera lo que sucedía y acudiese con rapidez a sus voces.

—Por favor, no grite —la pidió—. No sabe lo que dice. ¿Cómo puede afirmar tal cosa? Vea: esta joven es perfectamente normal, no tiene señal alguna de embarazo...

—¡Yo lo sé! —aulló la mujer, ya con voz estridente—. ¡Lo sé muy bien! ¡Ella no puede tener hijos! ¡Yo iba a tenerlo y me lo quitaron! ¡Me asesinaron a mí hijo, y no sería justo que ella fuese mejor que yo! ¡Conozco a las embarazadas, puedo advertir en su rostro, en su cuerpo, la huella del hijo que llevan dentro! ¡Deben detenerla, deben quitarle el niño! ¡Es la ley, y la ley es para todos igual!...

Sus gritos eran ya demasiado potentes. En alguna parte, brilló una luz roja, junto a las cercas de la planta industrial, parpadeando mientras sonaba una ronca sirena. Había despertado la alarma. Lem juró, furioso, dispuesto a abofetear a la mujer sacudida por su histerismo, cuando Yyl le frenó, aferrándole con rara energía la muñeca. Miró a los fríos ojos del ser de las estrellas.

—No, Lem —negó éste—. No lo haga. Es una enferma. Está loca. Puede intuir realmente que existe embarazo en otras, acaso por su propia demencia actual, tras perder a su hijo... No ganaría nada empleando la violencia contra ella. La violencia nunca está justificada, a menos que signifique la propia vida... o vengar la muerte de un ser querido, cuando no existe otro medio de hacer justicia. Déjeme esto a mí.

—Pero la alarma... ya está dada —jadeó Lem—, Nos darán caza...

—Calle. No haga nada —atajó Yyl fríamente.

Y se volvió a la infortunada mujer, que gritaba y se mesaba los cabellos, señalando acusadora a Cylda.

Rápido, Yyl hizo un ademán con su brazo izquierdo. Lem notó un destello entre sus dedos. Fue algo fugaz, casi inapreciable.

La mujer se quedó rígida, inmóvil. Como petrificada. Como una muda estatua de carne.

—Dios... —musitó Lem—. Vienen ya...

Era cierto. Una patrulla de servicio en los puestos que circundaban la zona industrial, se movía en 1a distancia, como una serie de manchas entre brumas Captó el brillo metálico de sus armas y sus cascos. Miró en derredor. Ni un edificio, ni un promontorio siquiera. Estaban a descubierto. Estaban perdidos, en suma.

—Nos cazarán... —gimió Cylda— No hay remedio...

—Lo hay —aseguró Yyl con su tono helado habitual, sin inmutarse, sin reflejar emociones realmente humanas, como el miedo,

la preocupación o la angustia—. Confíen en mí. No hablen. No despeguen los labios. Lo demás corre de mi cuenta. No quiero ruidos ni voces, recuerden. Pronto sabrán por qué…

La patrulla se aproximaba. Uno de sus componentes les dio el alto:

—¡Quienquiera que esté ahí, no se mueva o será exterminado!

Yyl sonrió, mientras Cylda y Lem le contemplaban, aturdidos e incrédulos. De nuevo su mano se agitó, en tanto la mujer permanecía rígida e inmóvil corno si fuese de mármol.

Esta vez, algo parecido a un rayo luminoso, de apagado tono amarillo, brotó de sus dedos, hiriendo a ambos. Lem notó una especie de rara vibración en todo su ser, y de los dedos de Cylda, que apretaba entre los suyos, le llevó una sensación idéntica.

De súbito, asombrado y sin poder creer lo que experimentaba… descubrió que no podía ver ya a Cylda ni a Yyl. No había nadie a su lado, salvo la mujer paralizada.

Se miró su propio cuerpo, aterrado.

Y descubrió que tampoco existía. Los tres se habían evaporado. Seguían allí, sin duda. Pero eran invisibles por completo.

CAPITULO IV

—INVISIBLES... Dios mío, ¿cómo pudo hacerlo?

—No es difícil para mí. Pero ya vieron que no dura demasiado. Sólo un par de minutos, y vuelven a hacerse visibles. Es un recurso muy limitado, que no siempre es el adecuado para salir de apuros.

—Pero resultó esta vez... —murmuró Cylda.

—En efecto. La patrulla ya vieron que arrestaba a la pobre mujer, convencidos de que era ella la única persona junto a las alambradas y cercas. Cuando se recuperase de su parálisis, cosa que sucedería unos minutos más tarde, la tomarían por loca, al no haber visto a nadie más en la zona. Y realmente, no les falta razón. Los métodos de exterminio de niños es evidente que dejan a muchas madres sumidas en la demencia. Pero nunca creerá ninguno de los guardianes que pudimos hacemos invisibles los tres, de eso estoy seguro.

Lem Aghark asintió con un movimiento de cabeza, mirando en tomo, a la campiña desierta y oscura, salpicada de zonas totalmente despobladas de vegetación, de tierras yermas, donde el efecto contaminante del caos ecológico en proceso irreversible, había dejado sentir sus acciones con mayor intensidad. Las luces de la población, envueltas en la irrespirable brama, quedaban ya atrás, así como las plantas industriales cercadas de cemento y alambradas, con sus torres metálicas y sus chimeneas vomitando humos mortíferos a la atmósfera de la Tierra.

—Todavía no puedo creer lo que sucedió —manifestó roncamente —. ¿Cómo pudo inmovilizar a aquella mujer? ¿Cómo nos hizo invisibles?

—Recursos de nuestra civilización, Aghark — sonrió glacialmente Yyl encogiéndose de hombros—. Poseo unas cápsulas en mis uñas. Cada una de ellas tiene una utilidad diferente. Una provocó la paralización de los centros nerviosos de aquella infortunada, mediante una descarga de energía sobre ellos. Otra de esas cápsulas posee una energía que actúa sobre los rayos luminosos, evitando que se reflejen en los cuerpos humanos afectados por él, refractándolos sin reflejo alguno, lo cual hace invisibles en el acto a las personas donde esa materia contacta. Es algo complicado para su mentalidad, pero lo importante es que ha funcionado una vez más, y les ha resultado útil, ¿no es cierto?

—Evidentemente —Lem contempló casi con temor a aquel hombre en cuyas manos estaban virtualmente los dos en estos momentos—. Su poder es muy grande para nosotros, Yyl. Me doy cuenta de que jamás podremos burlarle ni escapar de su dominio...

—Sólo cuando hayan cumplido su parte en el pacto —suspiró Yyl —. Confío en que no cometa el error de intentar faltar a ese convenio, Aghark. No conseguiría nada en absoluto.

—Empiezo a darme cuenta de ello… —admitió Lem con exasperación.

Caminaron en silencio durante un trecho. Por último, Yyl se detuvo, volviéndose a ellos, e inquirió:

—Ahora, usted es quien debe guiamos. Les saque de la ciudad, que era el primer problema. A partir de este momento, creo que ustedes sabrán mejor que yo lo que debe hacerse. Este es su mundo, no el mío. ¿Adonde quieren ir, exactamente?

—Sólo hay un lugar donde madre e hijo estén a salvo y al niño se le permita nacer, Yyl.

—¿Qué sitio es ése?

—Islaville.

—¿Islaville? ¿Una ciudad en una isla?

—Casi un país en tres islas. En realidad son tres ciudades unidas entre sí por una autovía y un túnel submarino. Islaville lo forman tres islotes que se unen por esa autovía y ese túnel. Cada islote es una ciudad. Y su conjunto forma un pequeño Estado independiente, ajeno a los grandes tratados internacionales que han convertido ahora al mundo en una Federación Internacional de Naciones bajo un mismo Consejo de Gobierno múltiple. Ellos tienen en Islaville sus propias leyes, y no obedecen a las que se dictan en el resto del planeta.

—Pero existirán iguales problemas para ellos… Contaminación, escasez de alimentos, superpoblación…

—No. El gobierno de Islaville lleva ya décadas enteras aplicando un sistema espacial de protección de la Naturaleza. Las únicas factorías que funcionan allí son submarinas, y la energía a utilizar procede del propio mar. También sus alimentos son en su totalidad marítimos, desde los peces sobrantes del equilibrio ecológico en sus aguas jurisdiccionales, hasta las algas y el plancton, todo muy racionalizado y equilibrado. Los grandes petroleros tienen prohibido el paso por sus mares, vigilados constantemente por pequeños submarinos de servicio costero que hundirían en el acto a cualquier buque que penetrara ilegalmente en sus aguas jurisdiccionales. Existe un convenio internacional con Islaville, para respetar su autonomía e independencia de la Federación Mundial de Estados, y una vez allí, nadie puede ser deportado ni ser reclamado por gobierno alguno de la Tierra.

—Pero sigue en pie el problema de la superpoblación. Si acogen a todo el que va allí en demanda de asilo para tener sus hijos en paz, ¿qué sucede con el equilibrio demográfico de las islas?

—Ese no peligra, por dos razones: la primera, que sólo se acoge a

personas que estén embarazadas, se les permite tener hasta dos hijos, y luego deben renunciar a nuevos partos. Si vuelven a engendrar, se les da a elegir entre un aborto inmediato y legal, o la devolución a cualquier Estado de la Federación, salvo en el caso de que uno o ambos hijos anteriores hayan fallecido, con lo que la madre puede volver a tener su ciclo de dos hijos. Si los que piden asilo están ya esterilizados, no existe problema para admitirles allí, e incluso se les hace una contra-intervención, para que les sea posible tener los dos hijos legales establecidos por su Constitución.

—No es perfecto, pero resulta más humano. No existe el exterminio.

—No. Ni represalias ni encarcelamientos a los padres que falten a su palabra. Sólo la exigencia de renunciar a un tercer hijo vivo.

—¿Y si ese tercer hijo nace?

—Se le permite vivir, excepcionalmente. Pero los padres son desterrados sin remisión, por no haber cumplido su juramento previo.

—Entiendo. ¿Quieren llegar a Islaville?

—Sí. Es nuestra meta. Nuestra gran utopía, Yyl.

—¿Por qué utopía? Supongo que pueden llegar hasta allí de alguna forma...

—No es fácil llegar.

—¿Por qué?

—Nadie puede emprender viaje legal a Islaville, sin sufrir un severo control a bordo. Los Estados Federados saben que muchos padres desesperados intentan llegar cada año a ese país. Y lo evitan por todos los medios. Solamente piratas, rufianes y aventureros fletan naves clandestinas para intentar llevar allí a sus viajeros, y cobran grandes sumas por ello, ya que el riesgo es muy grande.

—¿Y ustedes no disponen de ese dinero?

—Sí —afirmó Lem, vacilante, tocando significativamente sus ropas—. Llevo un cinturón interior repleto de moneda legal. Una suma muy importante.

—¿Entonces...? ¿Dónde está el problema?—En los que pueden llevarnos, precisamente. Ya le dije lo que son todos ellos: rufianes, vividores y gente desaprensiva. Hay que confiar en ellos, no siempre acertadamente. Por dinero son capaces de vender a su propia madre si la tienen. Puede caer uno en buenas manos... o en las de un canalla sin escrúpulos. Ese es el dilema. Aparte, naturalmente, que las patrullas navales de la Federación no sorprendan la embarcación ilegal y la hundan despiadadamente, cosa que ocurre a veces. Las rutas marítimas hacia Islaville, están muy vigiladas por sus patrullas.

—Sí, ya veo las dificultades del caso —Yyl les miró, pensativo—. Pero ustedes tienen que intentarlo a todo riesgo, ¿no es cierto?

—Así es —Lem Aghark le miró con repentina preocupación—. Y

también usted, si quiere que nuestro pacto llegue a su término…

—Claro. Si viajan a Islaville, viajaré yo también.

—Puede resultar muy difícil para usted. Acostumbran a cobrar por cada viajero que conducen allí. Una suma elevada por cabeza. Dudo que, tras pagar mi parte y la de Cylda, me quede gran cosa. Si acaso, para defendernos en Islaville hasta obtener un trabajo remunerado en sus plantas de energía y producción submarina, donde miles de personas de ambos sexos trabajan, produciendo y siendo, a la vez, útiles a Islaville y no creando problemas de superpoblación, dada la gran capacidad de esas plantas en las profundidades de su mundo submarino.

—No se preocupen —rió Yyl sarcástico—. Supongo que el oro puro será buena moneda para ellos, ¿no?

—¿Para los traficantes y marinos ilegales? —Lem rió—. Claro que les vuelve locos el oro. ¿Tiene usted ese mineral precioso en cantidad suficiente, Yyl?

—No. Pero puedo *fabricarlo* —dijo el hombre de Andrómeda tranquilamente, tomando una piedra del suelo, que oprimió entre sus dedos en forma misteriosa. Lem captó en su mano un centelleo púrpura. Cuando los dedos de Yyl se abrieron… la piedra era una hermosa y centelleante pieza de oro puro y macizo. Se la tendió a Lem, irónico—. Tome. Es un regalo que le hago. Guárdela por si le sirve de algo. Es oro puro.

Lem Aghark y Cylda cambiaron una mirada atónita, tras sopesar aquella piedra y rascarla violentamente con otra piedra vulgar, para descubrir un amarillo aún más vivo en su interior.

—Dios mío… Oro puro —jadeó—. ¿Usted… puede fabricar oro, Yyl?

—Ya lo ha visto —Yyl no parecía orgulloso por su hazaña, ni mucho menos—. Es un metal también preciado en nuestro mundo, pero no en exceso. Se le aprecia más por sus aplicaciones prácticas que por su valor como moneda. Tenemos metales infinitamente más valiosos. Convertir cualquier materia en oro, es algo que descubrimos hace mucho tiempo, pero sabía que en la Tierra era apreciado, y por eso me he provisto en mi viaje del conversor de oro…

Y abriendo su mano, mostró el interior de un anillo donde aparecían dos placas oblongas que parecían emitir una rara energía luminosa color púrpura, la que sin duda provocaba el cambio de la materia en la preciosa y dorada maravilla.

—Dios mío, es usted un auténtico superhombre… —gimió Cylda, aterrada.

—No lo crea —suspiró Yyl suavemente—. Sólo un hombre de otros mundos. Eso me hace diferente, pero no superior.

—Bien, Yyl. Tenemos que intentar llegar a Islaville —habló Lem

con apresuramiento—. Y para ello, nada mejor que tratar primero de encontrar a la persona capaz de conducirnos allá a través del mar.

—¿Dónde, Aghark?

—En un pueblo costero llamado Marinia. Yo sé dónde está. No muy lejos de aquí, si podemos evitar los controles policiales y militares...

—Lo intentaremos —prometió Yyl—. Adelante, Aghark.

Los tres fugitivos reanudaron la marcha, tras orientarse adecuadamente Lem en la oscuridad de la noche.

Por encima de ellos, las estrellas, aquellas remotas nebulosas iridiscentes de donde procedía el misterioso ser de Andrómeda, eran ya limpiamente visibles en el oscuro cielo nocturno, tras dejar muy atrás las bramas infectas y malolientes de la contaminación que dominaba al planeta.

Esas estrellas eran las que servían ahora de guía y brújula a Lem Aghark, en su desesperada búsqueda de la nueva tierra prometida, del paraíso donde su hijo podía nacer.

Aunque fuese para morir, apenas nacido, a manos dél vengador llegado de más allá del Tiempo y del Espacio. A manos de un hombre a quien había confiado en poder engañar y burlar llegado el momento.

Pero que ahora, a cada instante que pasaba, cuanto más iba conociendo sus superpoderes, le resultaba más y más difícil imaginar como vulnerable.

Pero aun así, en su pecho latía una remota y débil esperanza de victoria final. Eso era lo único que le mantenía firme en su lucha desesperada por salvar el nacimiento futuro de su hijo, y con él la vida y la libertad de Cylda, la madre.



Marinia era una población de raros contrastes.

Lem no la conocía, pero había oído hablar de ella Cylda parecía escandalizada de hallarse en semejante lugar. Yyl no. mostraba emoción particular alguna, como en él era costumbre. Se limitaba a contemplar la población marítima, desparramada al borde del mar, entre dos promontorios rocosos, uno de ellos provisto de un potente faro, y el otro con una serie de calas naturales y playas arenosas donde los pescadores depositaban sus turbolanchas pesqueras o sus inmersores para pesca en la profundidad. De todos modos, numerosos rótulos advertían de la obligatoriedad de pescar en horas y zonas muy

limitadas, a causa del progresivo y fatal aniquilamiento de la vida piscícola en los mares de la Tierra.

Las edificaciones de Marinia eran en su gran mayoría de un azul suave, que recordaba los tonos marinos en un día de nublado claro. Pero distaba mucho de tener el ambiente apacible de un verdadero pueblo pesquero, salvo en la zona situada frente a las playas repletas de embarcaciones.

El resto de la población costera era un verdadero raudal de luces y colores, una serie de comercios abiertos toda la noche, en su mayoría tiendas del sexo, bares y clubs destinados al placer erótico de sus clientes, y espectáculos frívolos de todo tipo, con gran profusión de rótulos luminosos y de carteles de desnudos femeninos, así las más procaces invitaciones al goce en diversos establecimientos y cantinas, desde locales de lujo a miserables tugurios.

—Todo aquí parece destinado a una misma cosa: el placer sexual —comentó Yyl sin reflejar en su tono entusiasmo ni censura de ningún tipo.

—Así es —asintió Lem—. Marinia es conocida en todo el país por su ambiente de perversión y frivolidad. Aquí, todos los hombres pueden gozar sin peligro de procrear vidas humanas a su pareja. Las hembras se venden a toda clase de precios, y jamás se pueden quedar embarazadas, porque todas ellas han sido esterilizadas y controladas debidamente por el Gobierno. Este es una especie de emporio de la lujuria. Un mundo lleno de prostitución y de granujería. Pero tenemos que adentrarnos en él, nos guste o no.

—¿Y qué sucederá conmigo? —temió Cylda—. No debe haber aquí mujeres decentes…

—No las hay —sonrió Lem, estudiando las fachadas y luminosos de los alrededores, suficientemente expresivos por sí mismos—. Pero nadie se meterá contigo si vas acompañada. Saben que muchas mujeres vienen por aquí en busca de la forma de evadirse de las rígidas leyes anticonceptivas. La gente de este pueblo entiende mucho de esas cosas. Nadie va a denunciar tu presencia aquí, a menos que alguien piense sacar algo de ello que no le comprometa.

—¿Y adonde nos encaminamos exactamente? —quiso saber Yyl.

—Es la primera vez que visito Marinia —confesó Lem Aghark—. Pero alguien me habló una vez del sitio adonde podía dirigirme en caso de necesidad,

—¿Adonde?

—Un local llamado Sexoclub, frente al embarcadero de canoas a turbina.—Sexoclub —Yyl frunció el ceño, contemplando aquella interminable serie de nombres parecidos, que hablaban de sexo, de vicio, de placeres y de embriaguez de los sentidos, todo al alcance del visitante de Marinia por unos pocos billetes o monedas de curso legal

—. Puede ser cualquiera de ésos. Forman un verdadero laberinto de calles repletas de locales de nombres muy parecidos.

—Tenemos que encontrarlo. Y una vez allí, preguntar por alguien llamado Exa.

—¿Exa?

—Es el nombre que me dieron una vez. Ignoro a quién corresponde, pero me advirtieron que no me fiase de nadie, ni siquiera de Exa. Aquí, todo el mundo puede engañarle a uno con tal de obtener beneficio. Pero hay que correr ese riesgo.

—Sí, supongo que sí —admitió Yyl con indiferencia, empezando a caminar pendiente abajo, por las desiertas calles que conducían al dédalo intrincado y luminoso del barrio vicioso de Marinia, seguido por sus dos compañeros de viaje.

No les fue tan difícil como pensaran en un principio. Cierto que muchos establecimientos de bebidas, de alojamiento, de comidas o de diversión, jugaban con la palabra «sexo», «erótica», «deseo» o «placer». Pero solamente un Sexoclub apareció ante ellos, con sus letras pestañeando constantemente en color rojo caliente, por encima de la puerta circular, rodeada de bombillas relampagueantes y de formas fálicas harto expresivas.

—Bien —suspiró Lem, aferrando la mano de Cylda con fuerza—. Adentro, querida. No queda otro remedio.

Entraron, Una especie de túnel de deslumbrantes y enloquecedores juegos de luz y color, con música ruidosa invadiéndolo todo, y dibujos fosforescentes, en movimiento constante, mostrando sobre los muros actitudes procaces de desnudos hombres y mujeres, hasta que una muchacha virtualmente desnuda, de larga melena dorada, envuelta en una especie de túnica transparente, color rojo vivo, les sonrió, melosa, extendiendo ante ellos unos tickets de plástico luminoso.

—Son diez cada entrada —dijo, risueña, estudiando a los dos hombres aprobadoramente, y con un cierto desdén la serena belleza de Cylda—. La mujer también paga, encantos...

Lem asintió, tendiendo tres piezas de diez a la muchacha. Yyl soportó, imperturbable, frío como un témpano, la caricia prolongada y sinuosa que la muchacha hizo con sus dedos sobre los muslos del Viajero, mientras los rojos pezones de sus juveniles y duros pechos se friccionaban con su torso.

Siguieron adelante, sin hacer caso a la invitación de la muchacha rubia. Esta les contempló, algo defraudada, y suspiró ante la indiferencia del hombre de pelo blanco y arrogancia atlética.

—Lástima —murmuró, viéndoles penetrar en la vorágine de luz, música y sonidos que era el interior del club—. Es todo un macho, sin duda. Tal vez busque otra clase de placeres...

Lem, Yyl y Cylda estaban ya dentro del Sexoclub propiamente dicho. Alrededor suyo, un mundo de luces radiantes, de mesas y asientos flotantes, de una aeropista luminosa, sobre la que bailaban desnudos hombres y mujeres bañados en resplandores azules o rojos, formaban un ambiente obsesivo, de pesadilla, donde olía a dulzones perfumes y bebidas embriagadoras, y donde la música lasciva, de voluptuosos compases, parecía hacerse sólida y excitar los sentidos.

Una serie de corredores, al fondo, conducían a los sexo-apartamentos donde las parejas satisfacían sus deseos espoleados por el medio ambiente. Ellos eligieron una mesa flotante junto a la pista, y una camarera desnuda, bañada en polvo plateado, les sirvió las bebidas pedidas por Lem. Varias hermosas muchachas se ofrecían tentadoramente a Yyl, que las contemplaba inmutable, sin aparentar emoción alguna.

—¿No le gustan las chicas de la Tierra, Yyl? —preguntó Lem, irónico.

—No me gusta nadie. No puedo amar a nadie —cortó Yyl con frialdad—. Sólo hubo una mujer en mi vida: Arcania. Sin ella, el mundo es algo vacío para mí, incluso en lo puramente sexual, Aghark

Lem no comentó nada. Frunció el ceño, con una sensación de desasosiego. Casi había olvidado a la mujer de Andrómeda llamada Arcania. Sin embargo, ella era el motivo de que él estuviese ahora allí, junto a ellos. Ella era el motivo de que él deseara vengarse en un ser que no había nacido. La sola idea de que Arcania misma pertenecía a un futuro en un remoto confín universal, le causaba una rara sensación de inquietud, de horror a ese concepto del Tiempo que parecía marcar ahora su destino, el de Cylda, y sobre todo el de la criatura por nacer.

Súbitamente, un grito agudo de mujer le sobresaltó. Giró la cabeza, alarmado.

No lejos de ellos, en una mesa también flotante, un tipo sin duda embriagado, de poderosa humanidad y músculos muy desarrollados, estaba abofeteando brutalmente a una hermosa mujer, virtualmente desnuda, como todas las allí presentes, sin que nadie interviniera para nada en la cuestión.

Una súbita ira dominó a Lem Aghark. Y sin vacilar un momento, cuando la bella desconocida rodaba por la plataforma flotante de la mesa aérea, impulsada por un último y terrible bofetón del individuo, el joven se lanzó de mesa a mesa con un salto formidable, para caer sobre el hombretón con toda su fuerza y energía.

—¿Qué diablos significa..,? —comenzó a bramar, sorprendido, el tipo violento, tratando también de abatirle a él con la feroz contundencia de sus pesados puños.

Lem no le dejó alcanzar su objetivo. Tras aplicarle una llave hábil,

que bloqueó sus intentos, logró derribarle y caer sobre él. Su agilidad fue muy superior a la del tipo aquél, y tras frenar el impacto que le dirigió su adversario al mentón, logró claro mazazo al hígado que le dejó sin alientos, para remacharlo luego con otro zurdazo impresionante que estalló sobre la mandíbula del otro, dejándolo completamente fuera de combate.

Resoplando, Lem Aghark se incorporó, mirando a la muchacha a quien defendiera tan espontáneamente. Era una verdadera belleza de plateados cabellos y ojos de matiz púrpura, de cuerpo escultural, muy alta y bien formada.

—Tal vez me he propasado —dijo jadeante—. Lo lamento. Pero no me gusta que se maltrate a las mujeres.

—Ha quebrantado una norma de Marinia —le respondió ella, algo seca—. Nadie sale en defensa de una mujer pública jamás. Eso puede crearle problemas en nuestro distrito, forastero. Pero por mi parte... gracias. Muchas gracias por su intervención. Ese cerdo era un ser repugnante e insoportable aun sin estar embriagado. ¿Puedo hacer algo en su favor, amigo? Veo que está acompañado, y no parece haber venido a buscar placeres aquí...

—Tiene razón —asintió Lem, mientras unas camareras retiraban al inconsciente individuo, y un cerco de huraños curiosos, en su mayoría chulos y bribones de aquella peligrosa zona, le miraban hostiles, como censurándole acremente su papel de caballero andante —. Busco a una persona en este lugar. Me acompañan mi esposa y un amigo.

—Ya veo —los ojos purpúreos se fijaron en Cylda, que la contemplaba a su vez con cierto recelo muy femenino, y finalmente en Yyl, siempre imperturbable como una estatua de granito, hermosa e inaccesible—. Una bella muchacha. Y un hombre admirable su amigo. Pero frío como el hielo, diría yo.

—Y dice bien —rió Lem—. Bueno, ahora me retiro a mi mesa. Lamento haber quebrantado normas establecidas aquí, pero no pude evitarlo. Lo celebro por usted, señorita...

—Hace tiempo que nadie me llama así —rió ella de buena gana. Le puso una mano en el brazo—. Espera, forastero. ¿A quién buscas, exactamente?

—A alguien llamado Exa —dijo Lem, tras una vacilación.

Ella parpadeó, como sí se sintiera muy sorprendida. Sus largos dedos bien manicurados, de irisadas uñas, le apretaron con mayor fuerza el brazo.

—Yo soy Exa —respondió.

CAPITULO V

—BIEN. Habla, forastero. ¿Qué has venido a buscar en Marinia?

Lem Aghark tardó en responder, Cylda estaba a su lado, y el hermético Yyl paseaba por la estancia suntuosamente amueblada, donde Exa acostumbraba a recibir a sus clientes. Pero esta vez, las luces rojas, tamizadas, y las melodías suaves y los perfumes exóticos que flotaban en la salita, no presenciaban escenas apasionadas de ningún género, ni eran estímulos para el placer sexual de la profesional y su pareja de turno.

Muchos, allá fuera, pensarían que el trío forastero había ido a Marinia en busca de extrañas perversiones con las prostitutas de lujo de la ciudad, pero nada más lejos de la realidad, como ahora podía comprobar Exa, la hermosa del cabello plateado, por sí misma.

Aquélla era una simple reunión de negocios. Una entrevista destinada a conseguir algo que los tres viajeros buscaban desesperadamente en la pequeña y libertina ciudad costera.

—He venido a buscar la libertad y la vida, Exa —dijo al fin Aghark—. Y el futuro nacimiento de un hijo.

—Un hijo... —Exa miró a Cylda significativamente, y sonrió, al bajar la mirada hacia su vientre—. No se percibe nada especial en tu mujer, Aghark.

—Lo sé. Pero no tardará en notarse. Es el cuarto mes ya.

—Entiendo. Quieres que ese hijo nazca,

—Sí.

—En resumen: necesitas llegar a Islaville.

—Exacto, Exa. Veo que entiendes la cuestión.

—Es fácil de entender. Muchos vienen aquí a lo mismo. Pero pocos lo consiguen,

—Lo sé.

—No, no sabes nada —ella se mostré casi agria ahora, empezando a pasear su arrogante desnudez por la salita, mientras continuaba hablando con tono preocupado—: Últimamente, se ha hecho muy peligroso intentar llegar a Islaville. La Federación ha extremado las precauciones para evitar nuevas fugas de madres gestantes. Era una simple cuestión de orgullo y de autoridad. No quieren evasiones. Los mares están infestados de patrullas costeras. Se hacen frecuentes batidas aquí, para capturar a marinos clandestinos que ejercen ese difícil tráfico de fugitivos. Y nunca se sabe lo que les ocurre a los detenidos. Desaparecen. Tal vez los exterminen, no sé. Eso ha hecho a la gente muy poco propicia a aceptar viajeros clandestinos.

—Pero siempre habrá alguien que se arriesgue,.. —musitó Cylda.

—Claro, querida —le sonrió tristemente Exa—. Lo hay. Sólo que pide demasiado por su trabajo. Y no siempre es gente de fiar. Se han dado casos en que cobraron su parte, y luego entregaron a los viajeros a las patrullas, para congraciarse con la Federación Mundial de Gobiernos. La vileza humana no conoce límites.

—Aun así, hemos de arriesgamos —sostuvo Lem con firmeza.

—Muy bien —ella se mordió el labio inferior, pensativa. Avanzó hacia ellos. A cada paso de sus largas piernas, vibraban los duros pechos desnudos baje el tejido transparente que la envolvía—. Nos arriesgaremos todos. ¿Cuánto puedes pagar por viajero?

—¿Cuánto acostumbran a pedir? Mis posibilidades son limitadas...

—Las mías, no —cortó fríamente Yyl—, Di un precio, mujer.

Los ojos purpúreos de ella le contemplaron, entre admirados y temerosos. Yyl era un hombre capaz de impresionar a cualquiera. Había algo inquietante y extraño en él, algo que no resultaba fácil comprender.

—Si tenemos suerte, al menos pedirán diez mil por cada uno —suspiró Exa.

—¡Diez mil! —repitió Lem Aghark, demudado—. Es mucho dinero... Veinte mil para nosotros dos... No creo que mí suma alcance tanto...

—Supongo que tus amigos admitirán oro —terció Yyl.

—¿Oro? —ella rió—, Claro. El oro siempre se admite, forastero. Pero no son mis amigos. No tengo nada que ver con ellos. Sólo sirvo de intermediaria. Y en este caso, sin cobrar nada.

—¿Por qué? —rechazó Lem—. Eso no es justo...

—Lo es. Me has ayudado cuando nadie lo hubiera hecho, Aghark —sonrió ella dulcemente—. Deja que te devuelva el favor. Te presentaré al mejor de todos ellos: Nick Nob. Es un buen navegante, y honrado en cierto modo. Tal vez todo salga bien. ¿Seguro que dispondréis de treinta mil, aunque sea en oro?

—Dalo por hecho —asintió Yyl, imperturbable—. Treinta mil en oro. Tendrás esa suma esta misma noche. Dinos dónde y a qué hora, y llevaremos el oro.

—Yo no intervendré ya en nada. Hablaré con Nick Nob. Sé dónde encontrarlo. Id dentro de tres horas a los arrecifes del faro con una turbo-canoa alquilada. En el embarcadero os alquilarán las que queráis. Nick Nob os esperará allí. Sed puntuales. Y llevad todo vuestro equipaje. Seguramente partiréis directamente desde allí hacia Islaville... si hay suerte y Nick se decide a intentarlo.

—Todo cuanto tenemos viaja con nosotros —señaló Cylda su maletín—. Gracias, Exa. Nunca olvidaremos lo que haces por nosotros, amiga.

—Me gusta que una mujer decente me llame amiga suya —sonrió Exa, acercándose a Cylda y besando su mejilla—. Gracias, querida. Os deseo suerte. Pero emprender el viaje con Nick Nob no significará necesariamente estar a salvo. Ya os advertí de los peligros que os aguardan en esa travesía. El mar es el camino de la liberación… o del desastre.

—Sí, lo sabemos, Exa —suspiró Lem—. Vamos a correr ese riesgo, pase lo que pase.

—Os deseo lo mejor. Suerte, amigos. A los tres,

Yyl se inclinó, sin decir nada. Exa se encaminó a la salida del gabinete.

—Saldré por la puerta de atrás. Todos pensarán que estamos aquí, en una orgía. No asoméis para nada en cosa de media hora. Luego, salid como si estuvierais muy satisfechos del tiempo pasado aquí A nadie le extrañará. Os asombraría de lo que es capaz la gente con tal de gozar unas horas en un sitio como éste…

Exa desapareció. Los tres se quedaron allí solos, mirándose, envueltos en la atmósfera dulzona de aquel perfume y aquellas melodías que invitaban al erotismo. Lem miro pensativo a Yyl.

—¿Piensa usted producir todo ese oro? —preguntó.

—Claro —sonrió Yyl—. Me bastarán monedas de plástico o de níquel para convertirlas en oro puro en un momento. No gaste su dinero en esto, Aghark. Puede necesitarlo en el futuro. A mí, después de todo, no me cuesta nada fabricar oro suficiente para satisfacer la codicia de esta gente…

—Es muy amable de su parte.

—Tonterías. Tengo tanto interés como ustedes en que lleguemos a Islaville. Forma parte de nuestro pacto. No quiero que nadie haga lo que me corresponde a mí por derecho,

—Su venganza, ¿no? —murmuró tristemente Cylda, dejándose caer en un diván flotante con expresión amarga.

—Sí, por supuesto. Ya les dije que estaba escrito en mi mundo. Forma parte de la leyenda

—¿Qué maldita leyenda es ésa, Yyl? —se exasperó Lem—, Si hemos de esperar aquí media hora, me gustaría saberla de una vez por todas, conocer con detalle su historia, los motivos que tuvo usted para viajar a través del Tiempo y del Espacio hacía la Tierra Y lo que realmente *sucedió*… en el futuro.

Yyl les contempló en silencio. Sus ojos de hielo eran inmutables y lejanos, como siempre. Sin embargo, terminó por asentir con su cabeza nívea, y decir lentamente:

—Sí. Creo que tiene razón, Aghark. Tienen derecho a saber, puesto que son las víctimas indirectas e involuntarias de algo que ocurrió en el futuro, de algo que para ustedes está por suceder aún,

pero que en mi planeta ya sucedió... Escuchen los dos. Van a conocer mi historia. Y la de una mujer bellísima llamada Arcania. Y la de un hombre cruel y despiadado llamado Lem Aghark 11, su futuro hijo... Y el motivo de la leyenda de Xigur, que se escribió al margen del Tiempo y de la Vida misma...

Y la voz fluida, grave y profunda, del hombre de las estrellas, narró lenta, serenamente, la historia de algo sucedido en Andrómeda, allá en lo inalcanzable, en lo que tal vez siempre permanecería desconocido para el Hombre, por muchos siglos que transcurrieran...



Todo había empezado cuando Lem Aghark 11 llegó a Andrómeda.

Eso había sucedido en el futuro de la Tierra. En el pasado de Andrómeda. En un momento del Tiempo que nada tenía que ver con el instante en que Yyl, el ser de Andrómeda, comenzaba su relato a dos seres del planeta Tierra que, andando el tiempo, darían a la vida a un nuevo ser, el mismo que ya había estado en Andrómeda como Lem Aghark II.

Lem Aghark fue el primer astronauta de la Tierra que llegaba allí. Y tal vez también el único...

Lem Aghark 11 era joven y hermoso. Era arrogante y decidido, valeroso y fuerte,

Arcania le conoció cuando se preparaba para contraer esponsales con su amado Yyl, Príncipe de la Dinastía Thork de Xigur e hijo del viejo y poderoso Woj, el *Supremo* Porque Supremo era el título honroso que todo rey de Xigur recibía en el momento de ceñir su áurea corona esmaltada de fastuosas piedras yamix, el más bello mineral del planeta, cuyo color resplandeciente podía competir con el de los propios astros y galaxias que bañaban de luz sus noches de diez satélites naturales.

Arcania era hermosa. La más bella entre las bellas, según palabras del propio Woj el *Supremo*, dichas en presencia de su hijo Yyl y de la futura y seductora reina de Xigur.

Pero Arcania tuvo la desgracia de conocer al Extranjero. Y el Extranjero, en Xigur, era un hombre joven de la Tierra. Un atlético y bello varón llamado Lem Aghark II.

Desde el día en que ella le conoció, todo cambió radicalmente. Sobre todo, cambió Arcania misma. Ya no era la de antes. Sus ojos perdieron el brillo y la vida, su rostro se marchitó, palideciendo y

entristeciéndose, aunque su hermosura continuase intacta, ya que su aparente tristeza no lograba borrar de su faz ni de su cuerpo escultural todo el encanto y la perfección que la Naturaleza pusiera en ella.

Y Yyl, el Príncipe, supo que Arcania ya no era suya. No le pertenecía. No había amor en ella, tal como los seres de Xigur entendían el amor, serena y apaciblemente, pero con toda la profundidad de que eran capaces los seres humanos que sabían y querían amar.

Arcania se había enamorado del Extranjero. Arcania amaba a Lem Aghark II.

Ella ni siquiera negó tal posibilidad cuando él se la expuso. Se limitó a asentir tristemente, confesando con su tibia, dulcísima voz, llena de inflexiones y matices, como el más sutil y bello de los instrumentos musicales:

—Tienes tal vez razón, Yyl amado, pero no podría responderte con sinceridad. Ni yo misma sé lo que me sucede.

—Yo te lo diré. ¡Amas a ese desconocido que un día se materializó ante nosotros, a bordo de una cápsula superluminosa, llegado de remotos mundos que no conocemos!

—Es posible, Yyl No sé lo que me ocurre ante el. Ese hombre es hermoso. Me inquieta, me fascina. Tiene conocimientos de raras sabidurías y ciencias que nosotros, con todo nuestro poder y conocimientos, con nuestra gran civilización, ignoramos totalmente. Ese hombre, Lem Aghark, tiene algo que me atrae y me transforma. Ignoro lo que ello sea. Pero quisiera seguirle a cualquier lugar del universo, conocer otros mundos, estar donde él esté, conocer, al fin, lo que es ternura…

—¿*Ternura*? —se irritó Yyl en ese momento—, ¿Y qué es *eso*?

—Algo que nosotros no conocíamos. Somos demasiado fríos, demasiado cerebrales, Yyl, para entender cosas como la ternura, la compasión, el dolor o la angustia. Creemos saberlo todo y dominar todos nuestros sentimientos. Pero eso no es hermoso. Yo… yo he visto llorar a Lem Aghark, cuando me dijo que tiene que partir porque ni tú ni Woj el *Supremo*, le ven con buenos ojos, y porque Xigur no es su sitio. También añadió que yo debo aceptarte a ti y apartarme de él, huir de su posible fascinación de persona extraña a nosotros, desconocida por nosotros. ¿Lo entiendes, Yyl? ¡Y él lloraba al decir eso, como si sintiera que la carne se le desgarraba con la amargura de semejante confesión! ¿Eres tú capaz de algo así? ¿Lo soy yo, acaso? Ni siquiera Woj el *Supremo* puede llorar ante el cadáver de un hijo suyo o de su difunta esposa. Y sé que ese hombre del lejano planeta Tierra, llegado aquí por un simple error mecánico en su nave espacial, y por un fallo en sus sistemas de propulsión superlumínica, que le lanzaron a una especie de túnel en el Espacio-Tiempo, ese *único* hombre

terrestre que pisará nuestra galaxia, porque ese error ya no se producirá en miles de millones de centurias, ese Extranjero, Yyl, sé que llorará un día, cuando se encuentre ante mi cadáver, y su vida se llenará de desesperación y de dolor. Y eso será hermoso, para que en el momento de morir, sepa yo que alguien me recuerda con sentimientos profundos, no como algo que, inexorablemente, por ley de vida, nació, pasó y murió, sin dejar rastro en los demás.

—Tus palabras son elocuentes, Arcania —dijo con voz profunda y grave Yyl—. Veo que te he perdido…

—Es posible que me hayas perdido, sí. Ni yo misma lo sé.

—¿Va a marcharse ese hombre de Xigur?

—Si. De una vez para siempre.

—¿Y tú… vas a seguirle?

—Ya te dije que nada sé. No he tomado una decisión. No puedo contestarte…

—Está bien —resolvió solemnemente Yyl, irguiéndose altivo—. Tu decisión es tuya. Te libero de todo compromiso, Arcania. Elige tú misma tu destino. Si quieres ir con él hacia lo desconocido, vete, Pero recuerda la leyenda…

—¿La leyenda? —los hermosísimos ojos claros de Arcania se fijaron en Yyl—. ¿Qué leyenda es ésa, Yyl? Nunca oí hablar de ella.

—Sólo los iniciados la conocemos. Forma parte de la sabiduría de nuestro pueblo. Precisamente, la nave del Extranjero está posada cerca de la Montaña Negra, donde se encierra la losa de la Profecía. .Ven. Te la mostraré yo mismo, para que tu decisión sea bien meditada, antes de cometer un terrible error sin remedio.

Y Yyl condujo a Arcania a la Montaña Negra, a la gran caverna, justo al lado de la plataforma de basalto donde se posaba la nave del terrestre, en período de reparación, frente al más profundo e insondable abismo jamás visto en Xigur, y que recibía el siniestro nombre de la Sima de la Muerte y la Eternidad. Y en esa gran caverna, estaba la Lápida de la Profecía. La gran piedra negra, oval, donde remotos antepasados de la raza humana y supercivilízada de Xigur, escribiera la Profecía o Leyenda que, según los más ancianos y sabios, no tenía tiempo ni espacio, ni nadie sabía quién la trazó sobre la piedra, con indelebles caracteres profundos.

Fascinada, Arcania contempló aquellos signos remotos, hincados en la dura piedra negra, lustrosa como metal, que hablaban de una profecía lejana, extrañamente aplicable a sí misma, como sin duda quería darle a entender Yyl al mostrársela.

—Lee, Arcania —la invitó—. Lee… y juzga.

Y Arcania leyó el mensaje allí escrito. Y sus palabras quedaron grabadas a fuego en su mente, como grabadas estaban allí, en la roca viva de la Montaña Negra:

«Llegará un día, en el futuro de los tiempos, en que un ser de nuestro mundo conocerá y amará a un ser de otras galaxias. Y por el amor, caminará hacia su destrucción y su final, sin que el otro ser haga nada por su salvación.

»Será entonces cuando, inexorablemente, uno de nuestros hijos, convertido en vengador, irá a la lejana estrella de donde llegue él Extranjero maldito, para hacer implacable justicia en él, y permitir así el reposo eterno del ser amado y perdido.

»Y maldito será quien esto no haga en su momento, porque así lo dice la Profecía y así lo señalan los Oráculos de Xigur,»

Siguieron fechas de indecisión y de dolor para, Arcania. De distanciamiento de Yyl, que nada sabía de cuanto pudiera pasar por la mente y el ánimo de su amada. Y, de repente, sucedió lo inevitable. De repente, el Extranjero se marchó de Xigur. Lem Aghark II, tomó su nave y partió para siempre, para no volver jamás, porque nada ni nadie, salvo por un error o un accidente improbable entre millones de posibilidades, alcanzaría nunca el túnel de Espacio-Tiempo que hizo salvar al terrestre fronteras de millones y millones de años y de distancias. Y, lo que es peor, su partida significó la perdición de Arcania.

Yyl fue despertado por el bramido del motor superlumínico y por el centelleo cegador de una nave que partía de Xigu,» perdiéndose en las distantes estrellas en cuestión de segundos, para desaparecer prestamente.

—¡Arcania! —clamó, desesperado, con voz desgarradora.

Corrió a la Montana Negra, a la plataforma de basalto, donde ya la nave terrestre no estaba, Arcania tampoco aparecía por parte alguna.

Hasta que encontró lo que quedaba de ella.

Fue al borde mismo de la profunda Sima de la Muerte y la Eternidad, Allí colgaba su capa desgarrada, entre unos arbustos sarmentosos. Su diadema de piedras irisadas había rodado algo más allá. Y al asomar Yyl, aterrado, al profundo hoyo de fondo inalcanzable allá en la oscuridad profunda de lo infinito, descubrió con espanto la última huella de Arcania.

Entre piedras y ramajes, allá al fondo, antes de penetrar en la negrura inmensa de la sima jamás hollada por ser viviente alguno, colgaba una última prenda de Arcania: su pulsera de novia, centelleando en ella la pedrería, desgarrada en parte la sarta de gemas

por el impacto de la caída…

—¡Arcania…! —musitó Yyl.

Y por vez primera sintió dolor. Y lloró. De sus ojos helados, rodaron lágrimas amargas, silenciosas, y cayó de rodillas al borde del abismo donde ella, no sabía aún si por ser rechazada por el terrestre, o porque éste causó su caída, debía reposar ahora por la eternidad, aplastada en la insondable profundidad de la Sima de la Muerte y la Eternidad,

Después, caminó despacio hasta la gran caverna, se detuvo ante la piedra negra de la leyenda profética, y susurró con voz ronca, quebrada:

—Yo, Yyl, Príncipe de Xigur, juro que me vengaré en Lem Aghark II, esté donde esté. Y si no, maldito sea yo para siempre… Lo juro ante tu recuerdo, Arcania.

Y partió de allí cabizbajo. Partió para ser iniciado en la alta, suprema sabiduría de Xigur, que le permitiría convertirse en un viajero espacio-temporal, gracias a los métodos de proyección cósmica de los sabios de su mundo. Un solo viaje de ida y vuelta podían hacer quienes llegaban a tal grado de perfección.

Y él iba a hacer ese viaje para vengarse. Para acabar con la vida de Lem Aghark II, cuyo último mensaje encontrara más tarde, en la residencia de su padre, El Supremo Woj. Un mensaje cínico, cruel, que causó todavía más fría ira homicida en su ser:

> «Adiós a todos» Gracias por vuestra hospitalidad. Debo partir ya. Reparé mí nave, y retorno a mi mundo. Lo único que lamento es lo de Arcania. Juro que no ha sido culpa mía. Dios me perdone si fui responsable. Y si no, que la perdone a ella por su tremendo error sin remedio. Adiós. Lo siento, amigos. Hubiera deseado un final mejor para nuestra amistad.
>
> »Lem Aghark II»

CAPITULO VI

—DIOS mío...

Era lo único que atinó a decir Lem, tras conocer la fantástica historia de hechos que sucederían inexorablemente en el futuro, en un mundo remoto, si aquel extraño vengador equivocado en el Tiempo, no terminaba antes con la vida de Lem Aghark II.

—Dios mío,..

Cylda, muy pálida, miró largamente a Yyl. Trataba de comprender todo aquello, de hacerse a la idea de que lo que para Yyl era pasado doloroso, para ellos era aún sino un futuro incomprensible.

—Pero... si muere mí hijo... —susurró ella—. Si él muere... *nunca* irá a Xigur. Y, por tanto, *nunca sucederá* lo que ha sucedido...

—Es posible —admitió Yyl—. Pero para mí y para Arcania, ya sucedió. El factor Tiempo es algo relativo, que está lejos de nuestro entendimiento... Sin embargo, yo hice ese juramento. Y debo cumplirlo, sea antes o después. Traten de comprenderme.

—Lo comprendo, Yyl —Lem le miró con angustiada incertidumbre—. ¿Cree de veras que mi hijo... arrojó a Arcania a ese abismo?

—No, no le creo tan perverso. Pero tuvo culpa de ello, él mismo lo confesó en su despedida escrita.

—¿Guarda... esa despedida? —murmuró Cylda con un hilo de voz.

—Sí — afirmó Yyl, severo. De sus ropas extrajo algo, una especie de tejido plástico plegado, que tendió a la futura madre—. Le sorprenderá leer lo que va a escribí dentro de años alguien que aún no ha nacido, señora; Pero ésa sería la letra de su hijo... *si él viviera*.

Con mano temblorosa, Cylda tomó el documento. Leyó, estremeciéndose. Sus ojos se dilataban, aterrados, fijos en aquella suave caligrafía que iba a corresponder a aquel ser que aún llevaba en sus entrañas. Un mensaje desde el futuro. Un documento insólito, desde otra dimensión inalcanzable para ellos dos...

Lem leyó el mensaje por encima del hombro de su: esposa. Parecía anonadado. Se lo devolvió a Yyl con un movimiento de horror, tras ver cómo Cylda acariciaba aquel documento único y prodigioso, que era como la propia sentencia de muerte para el ser que iba en entrañas.

—Tómelo, Yyl —rogó Lem, convulso—. Es... es demasiado para nosotros, entiéndalo.

—Lo entiendo —el Viajero lo guardó con lentitud—. Por eso no se lo mostré antes. Sólo cuando su esposa me lo pidió, le permití verlo.

Imagino lo que significa todo esto. Demasiado confuso, demasiado terrible para sus mentes, Lem..

—Bien —dijo bruscamente Aghark consultando reloj—. Pasó la media hora. Vamos ya. Hay que buscar a ese tal Nick Nob en los arrecifes, dentro de poco] tiempo. Cuanto antes salgamos de esta zona, tanto mejor…

Esta vez, Lem Aghark tomaba bruscamente la iniciativa, haciendo añicos su propio dolor de padre, para adoptar con entereza la tarea encomendada. Yyl le miré en silencio, empezando a sentir admiración por él. Pero no dijo nada y, junto a Cylda, siguió a Lem Aghark fuera de aquel recinto, regresando al obsceno bullicio de los lupanares de lujo de Marinia.



Eran dos hombres los que esperaban en los arrecifes del faro. Ambos altos y fornidos. Uno, de tez muy morena y ojos negros, con cabello rizoso. El otro, rubio y de pupilas azules, curtido también, y con una expresión astuta en su anguloso rostro.

—Yo soy Nick Nob —dijo el moreno—. Y éste es mi amigo y compañero de navegación Borian Delt.

—¿De navegación? —Aghark miró a ambos tras saludarles—. ¿Significa que tienen alguna embarcación?

—La tenemos, sí. Es pequeña pero potente de motor. ¿Tiene el dinero?

—Tenemos una cantidad de oro —terció Yyl vivamente—. ¿Bastará?

—Depende de la cantidad de oro, señor —dijo el rubio Borian Delt con un destello codicioso en sus azules ojos.

—Véanla —el viajero de las estrellas extrajo de una bolsa plástica que llevaba en su mano izquierda una serie de piezas que parecían piedras doradas, desiguales. Las mostró a los dos navegantes. Delt tomó una en sus manos, asombrado—. Creo que bastará para pagar tres plazas en su embarcación. En cualquier mercado, su valor supera los cincuenta mil.

—Sí, eso parece —admitió Nob, sorprendido, ante aquella cantidad de oro puro. Lo examinó críticamente, y luego hizo en una de las piedras una prueba con un ácido. Lem y Cylda cambiaron una mirada. Pero no había motivo de alarma. Nob manifestó, con asombro —: ¡Cielos, oro purísimo! Y suficiente para ambos, Delt.

—Eso creo —admitió el rubio, aún receloso, mirando a Yyl con perplejidad—. ¿Cómo obtuvieron estas piezas de oro tan excelente, señor?

—Eso es asunto nuestro —cortó Yyl con sequedad—. Digan si aceptan o no. Es cuanto quiero oír.

—Claro que aceptamos. A ojos cerrados, amigo —rió Nick Nob jovialmente—. Tenemos la nave anclada fuera de puerto. En lugar seguro donde los patrulleros de costa no pueden descubrirla. Hay algunas grutas semi— sumergidas en este litoral, que sirven de excelente refugio a contrabandistas y navegantes ilegales. Supongo que el motivo de su viaje precipitado será... la señora. Y miró a Cylda, significativamente, fijando sus ojos en el vientre de la joven esposa. Esta asintió, inclinando la cabeza.

—Sí, por supuesto —manifestó apagadamente—. Quiero ser madre...

—Islaville, ¿eh? —rió Delt irónico—. Casi todas las mujeres que hemos tenido a bordo iban allí...

—¿Y llegaron? —quiso saber Lem con rapidez.

—Claro —asintió Nick Nob—. Siempre hemos cumplido la tarea con más o menos dificultades. Cierto que últimamente las cosas andan peor, porque extreman la vigilancia en torno, pero... confíen en nosotros. Somos expertos en cosas así.

—No nos queda otro remedio que confiar en ustedes —admitió gravemente Lem—. ¿Cuándo embarcamos?

—Ahora mismo. Cuanto antes zarpemos, tanto mejor. La noche puede ayudarnos bastante a alejarnos de la costa antes de que las patrullas marítimas de la Federación nos vislumbren. ¿Pueden embarcar ya?

—Por supuesto. Estamos a punto.

—Bien. Entonces, vamos allá. Sígannos sin desviarse de nuestra ruta. El camino es difícil y abrupto. Y muchas veces está cortado a pico sobre los arrecifes y el mar. Vayan con cuidado.

Tuvieron razón ellos. Era un camino dificultoso, erizado de peñascos, con angostos pasos al filo del abismo marino. Cylda caminaba entre Lem y Yyl, protegida por éstos de cualquier riesgo previsible. Tras un largo recorrido, alcanzaron un sendero en descenso entre peñascos y grietas por entre los cuales hervía la espuma del agua al llegar a nivel marino.

—Tenemos que hundirnos en el agua y sumergirnos un trecho —avisó Nob—. Tomen aire suficiente, y naden tras de nosotros. Delt llevará una lámpara de luz subacuática, para que puedan seguimos sin desviarse. A poca distancia de aquí, está la gruta donde espera el *Tritón*, nuestra nave.

Fue la última y peor etapa del recorrido. Yyl soportó bien bajo el

agua, Lem casi se ahogaba al término de la inmersión, y Cylda cayó exhausta sobre un lecho arenoso, bajo un alto techo abovedado, del que pendían las estalactitas reflejando los centelleos fantasmales de una zona tranquila de mar embalsado en aquella oquedad.

En medio del agua, flotaba la embarcación de motores electrónicos, cuyo casco azul oscuro debía confundirse fácilmente con la noche. Lem calculó que no admitiría más de seis o siete plazas de tripulación y pasaje, dadas sus dimensiones.

Pero por otro lado, eso era beneficioso, porque su ligereza y la potencia de su sistema de propulsión, quizá facilitasen su viaje clandestino a Islaville

Cuando estuvieron a bordo, Nick Nob sirvió una bebida confortante a Cylda, y también a ellos les sirvió una copa. Yyl, apenas hubo probado su copa, negó lentamente, retirando la bebida.

—No, gracias —rechazó—. No tomo alcohol.

Nob y Delt miraron de reojo al extraño personaje del cabello blanco, sin hacer el menor comentario al respecto. Evidentemente, ambos veían algo raro en aquel viajero, pero no sabían en concreto qué podía ser ello. Tampoco lo preguntaron. Yyl debía causarles suficiente respeto como para no hacerle preguntas inoportunas.

—Pueden acomodarse —dijo Delt a los viajeros, pasadas las fatigas del difícil acceso a bordo—. Tienen tres camarotes a su disposición.

—Con dos nos bastarán —replicó Lem—. Yo viajo con mi esposa. Nuestro amigo ocupará el otro camarote.

—Bien, como quieran —se notó que Delt hubiera querido interrogar qué significaba la presencia de un segundo hombre solitario en el grupo de fugitivos, pero tampoco en esta ocasión se atrevió a indagar nada—. Les dejo. Supongo que preferirán reposar un poco. Y que Nick y yo pongamos en marcha la nave...

—Sí, lo antes posible, por favor —pidió Lem—. Cuanto más pronto estemos lejos de estas costas, tanto mejor para todos.

Delt asintió con un gesto, cerrando la puerta tras de sí. Momentos más tarde, vibraba la embarcación toda, al funcionar sus silenciosos motores electrónicos. Advirtieron cómo el *Tritón* iniciaba la marcha. La singladura había comenzado. Ahora, su destino estaba en manos del puro azar. Y, por supuesto, de la habilidad y pericia de Nick Nob y de Borian Delt en conducir su nave hacia Islaville.

No tardaron en llamar a la puerta. Asomó el sonriente rostro de Nick Nob, y éste les informó complacido:

—Estamos en marcha, señores. De momento todo va bien. Hay esperanzas de que nadie nos descubra, si aprovechamos las corrientes y la ruta elegida. Han tenido mucha suerte, amigos.

—¿Suerte? —dudó Yyl, seco—. ¿En qué? Hemos pagado este

favor...

—Cierto. Pero ni pagando el doble les hubiese admitido nadie en estos días. Todo el mundo en Marinia tiene miedo de arriesgarse con las fuerzas navales de la Federación. Pero ustedes vinieron recomendados por Exa, y eso lo cambió todo. Sólo un favor que ella me pidiese sería atendido, pueden creerme. La Federación ha puesto un alto precio a todos los fugitivos que puedan ser entregados a las autoridades, y eso ha hecho aumentar el número de traidores y confidentes en Marinia. Gente que, sin correr riesgos, cobran una fuerte recompensa oficial por devolver al Gobierno a los que pretendían escapar. Por eso dije que ustedes tuvieron suerte. Exa no acostumbra a terciar en favor de nadie cuando las cosas están así. Mucho debe apreciarles para haberlo hecho esta vez...

—Sí, empiezo a pensar que es así —admitió Lem, pensativo.

—Bien, no les molesto más. Voy arriba, para ayudar a mi compañero Delt en la navegación. Bajaré más tarde para servirles la cena, si es que desean comer algo.

—No nos irá mal —sonrió Lem—. No hemos comido nada esta noche en Marinia.

—Es lo que acostumbra a hacerse allí —rió Nob—, Nadie se acuerda de comer en un sitio como Marinia...

Y con una carcajada irónica, abandonó el camarote,

—Bien, parece que todo funciona por el momento —.señaló Lem a Yyl—. ¿Cree que podemos fiarnos de esos dos?

—Nob parece un buen chico —opinó Yyl—, De su compañero Delt, no estoy tan seguro. Hay algo en él que no termina de gustarme.

—¿Corazonada o extrasensibilidad? —comentó Lem, irónico.

—No lo sé. Pero será mejor no confiarse demasiado mientras estemos a bordo. Ahora les dejo. También yo debo descansar. Luego nos veremos, amigos, a la hora de comer algo...

Lem y Cylda se quedaron solos por vez primera desde que el fantástico y temible viajero de las estrellas llegase a entrar en sus vidas. Se miraron ambos, abrazándose fuertemente, en una mutua explosión de desesperado afecto.

—Lem, tengo tanto miedo... —susurró ella roncamente.

—Yo también. Por ti, por el niño...

—Yo tengo miedo por todos nosotros. Por la presencia de ese hombre de Andrómeda, por la amenaza fatal contra nuestro futuro hijo, por este viaje, por la posibilidad de un fracaso funesto... Oh, Lem, es angustioso cuanto nos sucede.

—Ten calma. Ten fe, Cylda.

—Fe... ¿en qué, en quién? —gimió ella,

—En Dios, en un milagro... Incluso sueño a veces con salvar la vida del niño...

—Eso sabes que es totalmente imposible, Lem.

—No hay nada imposible mientras hay una vaga esperanza y se va ganando tiempo, Cylda querida. Si acaso, puede resultar improbable, pero no imposible. Eso, jamás. Me resisto a creerlo así. Y tú debes pensar igual, debes tener confianza, fe, esperar que algo inesperado suceda

—Pero ¿sería justo, Lem? Hablamos por puro egoísmo.., Ese hijo que va a nacer… puede llevar el dolor y la amargura a otras personas. Recuerda el relato de Yyl: en un futuro más o menos lejano, Lem, nuestro hijo, será astronauta. Un error y una avería, le conducirán más allá de todo lo accesible para el ser humano, a Andrómeda, donde causará la desgracia de un hombre y la muerte de una mujer enamorada… Ni siquiera sabemos si él será el culpable, directo o indirecto, de esa muerte trágica de la pobre Arcania…

—Lo he sopesado todo. Sé lo que significa dejar con vida a Lem. Pero sigo opinando que nadie puede cambiar lo que ha de suceder o haya sucedido. Si Lem nació para que Arcania muriese en su lejanísimo planeta, no será culpa nuestra, sino del destino, del camino que todos tenemos trazado. Y, para bien o para mal, los designios del Señor no deben ser alterados viajando en el Tiempo, hacia el pasado. Yo me pregunto si sería justo que cualquiera de nosotros, capacitado de pronto como Yyl, para viajar al pasado, tendría derecho a evitar el asesinato de César, la muerte de Napoleón, la derrota de Hitler o la Tercera Guerra Mundial, que estalló a finales del siglo XX. No, Cylda. No podemos ser jueces de la Historia ni alterar su curso, para bien o para mal. Y el futuro nuestro, recuerda que es el pasado de Yyl. Y ese pasado ya cumplió su ciclo fatalmente, haga él lo que haga aquí, en la Tierra.

—¿Eso quiere decir que nuestro hijo… puede llegar a nacer, pese a Yyl y su amenaza?

—Sí —afirmó rotundamente Lem—. No sé cómo sucederá. Pero estoy seguro de que va a ser así, Cylda. Y que Dios me perdone si eso causa mal a alguien. Pero sólo Dios sabe lo que es justo y lo que no lo es. Ni Yyl, por superior que se crea, ni nosotros en nuestra insignificante pequeñez, podemos tomar decisiones sobre la vida y la muerte.

Cylda no contestó. Apoyó su cabeza en el pecho de Lem, y así permanecieron ambos, callados y pensativos, sumidos en sus pensamientos, en sus ideas atormentadas y llenas de zozobras e incertidumbres.

Fuera de allí, en el vecino camarote, un hombre de otros planetas también pensaba, sumido en profundas reflexiones, el rostro ensombrecido y la mirada distante y fría como siempre.

Yyl, el Príncipe de Xigur, allá en Andrómeda, había escuchado a

través del muro, sin dificultades, cuanto hablaban entre sí Lem Aghark y Cylda, Para sus percepciones extrasensoriales, no era problema ver u oír a través de ciertos muros, con sólo una intensa concentración en tal sentido.

La charla de los Aghark le había llegado nítida. Y estaba pensando en ella, en las esperanzas de Lem, en sus frases sobre lo justo o injusto de pretender cambiar el curso de los acontecimientos humanos, en el recuerdo de Arcania, en tantas y tantas cosas como flotaban en su privilegiada mente de hombre superior.

Mientras tanto, arriba, en la cubierta del *Tritón*, que se desplazaba rápido y silencioso por las oscuras aguas, alejándose por momentos de la costa, Nick Nob se disponía a tomarse un descanso de algunas horas, dejando a cargo de su compañero y único ayudante a bordo, Borian Delt, la responsabilidad de conducir la nave durante las horas nocturnas inmediatas, salvado el primero y más difícil escollo, como era el cinturón de control de guardacostas de la Federación Mundial de Gobiernos, en torno a los litorales de Marinia.

—Ve a dormir un poco, Nob —le aconsejó Delt poco antes, acomodándose ante el cuadro de mandos de la ligera embarcación—. Yo bajaré a los viajeros su cena durante el tiempo que ponga en funcionamiento el piloto automático y el autocontrol de a bordo. Luego te llamaré para el relevo. Ya sabes que el viaje a Islaville es largo y tedioso. Eso, suponiendo que todo vaya bien en la travesía...

Nick Nob se retiró a su cabina cercana para descansar, y Borian Delt tripuló la embarcación a partir de ese momento.

Sólo cuando ya llevaba Nob más de una hora de descanso, Delt accionó uno de los botones de mando, conectando la radio de a bordo, se inclinó sobre un micrófono, y comenzó a hablar en tono bajo pero nítido:

—Aquí nave *Tritón* en viaje clandestino... Aquí nave *Tritón*, a los servicios costeros de la Federación... Llevamos a bordo una mujer embarazada con rumbo a Islaville, y dos hombres la acompañan. Atención patrullas de la Federación... La nave *Tritón* se halla en estos momentos a diez grados de latitud norte del Muevo Cuadrante, y veinticinco grados de longitud este... Atención, patrulleros de la Federación... Aquí el confidente Borian Delt informando...

Borian Delt estaba traicionando a su compañero Nob y a los tres viajeros que pagaran tan generosamente con piezas de oro puro su pasaje clandestino hacia Islaville. Y lo peor de todo es que nadie parecía sospecharlo a bordo.

—Vamos —dijo un escucha de patrullas costeras, apenas recibido el mensaje, volviéndose a sus compañeros de tripulación—. Hay un informe. Tenemos una presa cerca...

Y dos ligeras y blindadas embarcaciones de control federal, se

lanzaron vertiginosamente hacia alta mar, enfilando el punto señalado por el delator en su llamada.

Sus armas asomaron por las aberturas de ambas lanchas, dispuestas a abatir sin remedio a la embarcación ilegal, sí sus ocupantes cometían el error de resistirse o de intentar huir.

CAPITULO VII

BORIAN Delt depositó las bandejas de alimentos ante los tres viajeros, reunidos nuevamente en el camarote más amplio, el que ocupaban el matrimonio Aghark.

—Su cena —dijo con afable sonrisa—. Buen apetito, amigos. Y no se preocupen por nada. El viaje sigue perfecto. No hay el menor peligro a la vista.

—¿Y su compañero Nob? —preguntó Yyl como al azar, cuando ya Delt se hallaba en la puerta.

—Duerme —explicó Delt—. Debemos turnarnos en este viaje. Es largo y dificultoso, ¿comprende? Pero no tienen nada que temer. Desde ahora, todo irá bien. Buenas noches.

Cerró tras de sí. Lem se dispuso a comer con buen apetito, tras una risueña mirada de aliento dirigida a Cylda. Yyl, rápido, sujetó la mano de Aghark, cuando éste tomó el cubierto.

—No pruebe nada —dijo—. Puede tener un narcótico.

—¿Narcótico? —se extrañó Lem—. ¿Por qué habrían de hacer eso con nosotros?

—No pidan explicaciones. Sólo sé que esto marcha mal, diga ése lo que diga. Tal vez durmiéndonos a todos, le fuese más fácil entregarnos sin problemas a las autoridades.

—¿Entregarnos? ¿Pero qué está diciendo, Yyl? —se alarmó Lem Aghark.—Sabe que tengo facultades que usted no tiene, Aghark —le replicó Yyl, tajante—. He captado una llamada por radio dirigida a patrullas costeras. Nick Nob duerme, ajeno a todo. Ese tipo, Borian Delt, es un traidor. Nos ha vendido por la recompensa.

—¿Está seguro? —se asustó Cylda, perdiendo rápidamente el color.

—Totalmente. Traté de estar seguro, y agucé mis facultades, tratando de oír a distancia. La llamada por radio me llegó nítida a la mente. En estos momentos, varias embarcaciones costeras vienen hacia nosotros, sin duda alguna, para evitarnos llegar a Islaville.

—Pero a estas alturas nos hallaremos lejos de las aguas jurisdiccionales...

—¿Qué puede importarles eso para abordarnos? —gruñó Yyl—. En alta mar obrarán impunemente, aunque sea ilegal. Después de todo, forman una Federación mundial, ¿no?

—Yyl tiene razón —apoyó Cylda angustiada—. Seguro que nos van a entregar...

—Maldito Delt... Tendría que matarle —jadeó Lem, furioso.

—Eso no arreglaría ya nada —cortó Yyl—. Tenemos que huir de

las patrullas.

—¡Imposible! —rechazó Lem—. No conoce su poderío. Son unidades blindadas, armadas perfectamente. Si no nos rendimos, nos echarán a pique sin piedad.

—Eso ya lo veremos —replicó Yyl—. Todo es mejor que darse por vencidos, ¿no? Escuche, Lem. Haremos lo único posible en este caso.

—¿Qué es ello?

—Déjelo de mi cuenta —sonrió enigmáticamente el hombre de Andrómeda—. Eso es cosa mía. Después de todo, tenemos una cierta ventaja: esos patrulleros marítimos ignoran que van a enfrentarse con lo que usted llama un… un superhombre.



Borian Delt sonrió malignamente, al ver emerger en la distancia las formas de hasta tres embarcaciones grises, de un frío tono metálico, avanzando a toda máquina hacia ellos en forma envolvente.

A su lado, Nick Nob pegó un respingo, cuando la pantalla de radar reflejó la presencia de las tres embarcaciones oficiales del servicio de control marítimo de la Federación,

—¿Qué diablos significa eso? —gritó, alarmado—. ¡Nos han sorprendido! ¡Vienen a por nosotros!

—Pero… ¿qué dices? —fingió Delt perfectamente su extrañeza—. ¿A qué te refieres?

—¿Es que no lo ves? Se nos vienen encima… Esas tres embarcaciones… ¡Nos tienen virtualmente cercados, sin salida posible!

—Por todos los demonios, es cierto —también fingió ahora Borian Delt con todo cuidado su alarma e inquietud—. ¿Y qué podemos hacer, Nick? ¡Nos han cazado!

—Todavía no —silabeó Nob furioso, aferrando el asiento y buscando con mirada febril el teclado de mandos—. Hay que salir de aquí como sea. Esa pobre gente no puede caer en sus manos. Ni nosotros dos tampoco.

—¿Pero qué locura piensas hacer, Nick? —bramó Delt, precipitándose hacia él—. ¡Nos acribillarán con sus armas en cuanto intentemos lo más mínimo!

—Pues aun así, vamos a intentarlo —aseguró con energía Nob, empezando a pulsar teclas desesperadamente, para variar el rumbo e intentar la fuga casi imposible.

Borian Delt no vaciló. Había aferrado una llave del departamento

de instrumentos. La descargó sobre la nuca de su compañero de viaje. Con un gemido ronco, Nick Nob cayó de bruces, quedando inmóvil en el suelo de la cabina de mandos.

—Imbécil… —jadeó Delt, con una risita—. No estoy dispuesto a irme al infierno por tu culpa. Allá tú con tu lealtad a los clientes. El Gobierno te juzgará por traición. Yo tengo que salir bien librado de esto… y con una fortuna en oro y en recompensa a mis servicios…

Quitó del bolsillo de Nob la bolsa con la parte de oro de su camarada, que reunió junto a la suya, y se apresuró a rectificar la maniobra iniciada por Nick, para mantenerse navegando a total merced de los patrulleros que les iban cercando implacablemente.

Estos se hallaron pronto lo bastante cerca como para darles el alto e iniciar el abordaje. Delt comprobó, con una sonrisa de satisfacción, que ninguno de los viajeros había aparecido por cubierta, indicio evidente de que nada sospechaban sobre su inmediata y funesta suerte, a manos de las autoridades de la Federación.

Se dispuso a abandonar la cabina, para dar la bienvenida cordial a los funcionarios y marinos de la Federación, entregándoles a su socio y a sus pasajeros sin el menor escrúpulo.

Y entonces empezaron a ocurrir cosas.

Cosas raras, inexplicables.

Súbitamente, todo pareció hacerse invisible a ojos de los guardacostas federales. ¡La embarcación de Nick Nob y Borian Delt se borró de modo brusco, empezando a diluirse en una especie de neblina gris que terminó por disiparse, como una nubecilla de vapor, para no dejar el menor rastro de la nave sobre la superficie marina!

Atónitos, los marinos del Gobierno no daban crédito a sus miradas, cuando de modo cierto e indiscutible, su fácil presa se evadió de entre sus manos, como si fuese una resbaladiza anguila, dejando de existir en el mar. Faros especiales, de luz infrarroja o de rayos ultravioleta fueron puestos en funcionamiento, barriendo el mar, por si era todo una simple treta óptica de los navegantes clandestinos. Pero la invisibilidad total siguió siendo la tónica de la insólita escena. Cierto que el mar bullía, se agitaba, como si una quilla incorpórea lo moviese a su paso, pero pronto una bruma viscosa, densa, se elevó de las aguas, envolviendo por completo esa zona, y haciendo imposible el intento de hacer blanco de la artillería y ametralladoras de las lanchas oficiales.

A pesar de ello, uno de los comandantes de la patrulla costera ordenó abruptamente, dispuesto a comprobar lo antes posible si todo aquello era solamente una cuestión de puro ilusionismo:

—¡No os dejéis engañar, estúpidos! ¡Fuego sobre el blanco, aunque no parezca existir! ¡Acribillad esa bruma que se alza ante nosotros, estoy seguro de que todo es un truco para desorientarnos, y

la nave sigue ahí, camuflada de alguna manera!

Los artilleros, tras un momento de indecisión, optaron por obedecer la orden, y se dirigieron a sus piezas para barrer el mar en toda su extensión, si era preciso.

En ese instante se produjo otra de las sorpresas.

A bordo de las naves oficiales, la actividad se paralizó repentinamente. Todos y cada uno de los tripulantes se petrificaron de repente, como sí en vez de carne y hueso su cuerpo estuviera constituido por un bloque de granito, y la cubierta se convirtió en un grupo escultórico, pasivo e inmóvil, en el que nadie pestañeaba siquiera, y habíase congelado en la postura anterior, sin poder concluir movimiento alguno.

Los propios barcos, afectados por esa extraña y fantástica parálisis, vieron cómo sus poderosos motores se detenían, sus hélices dejaban de girar y se convertían en simples masas flotantes, inofensivas e inútiles.

En ese momento, la brama comenzó a disiparse en torno al *Tritón*, y la embarcación clandestina apareció nítidamente, perfilándose sobre las aguas, perdida ya su invisibilidad anterior. Pero el peligro seguía sin existir a su alrededor. Las naves militares continuaban paralizadas, inermes.

Borian Delt, el traidor, pestañeó, atónito, tras la gran sorpresa de sentirse primero a sí mismo convertido en la nada absoluta, incorpóreo e invisible durante unos instantes, luego envuelto en una fría y densa bruma gris, para finalmente, ahora que todo volvía a ser normal a bordo, descubrir aterrado que sus amigos los guardacostas no podían atacar ni moverse, e iban quedando atrás, mientras el *Tritón* navegaba con creciente velocidad.

—¿Qué mil diablos está ocurriendo? —jadeó, angustiado, mirando en torno—. ¿Es que este barco está embrujado?

Trató de regresar a la cabina donde dejara sin conocimiento a su compañero Nob. Y se paralizó; sorprendido, al descubrir en cubierta a los tres personajes que formaban su pasaje: el extraño hombre broncíneo, de blancos cabellos, la mujer embarazada, y su atlético y joven esposo.

Los tres le contemplaban fría, acusadoramente. Delt retrocedió de modo instintivo, empezando a sentirse inseguro.

—¿Qué… qué quieren ustedes aquí? —masculló con voz brusca—. Corren peligro en cubierta. Estamos rodeados de lanchas militares de patrulla…

—Lo sabemos —declaró calmosamente Yyl, sin quitar de él sus heladas, implacables pupilas—. Usted hizo esto, Delt.

—¿Yo? ¿Qué pretende dar a entender con eso?

—Lo sabe muy bien. Puedo leer en su mente como en un libro

abierto. Es usted un traidor. Nos ha vendido por una generosa recompensa del Gobierno, ¿no es cierto? ¿Es ése su juego, siempre que ayuda a Nick Nob en algo, maldito rufián?

—No sabe lo que dice... —farfulló Delt, pálido y confuso, dando otro paso atrás—. Usted sabe que estoy intentando ayudarles... Nick sufrió un desvanecimiento, yo pretendía solamente persuadir a los costeros de que no hay nada anormal a bordo...

—Pierde su tiempo —rió dura, huecamente, el hombre de las estrellas—. Pude captar su llamada a las unidades de servicio de patrullas. Sé que es un traidor, Delt. Y debe pagar por ello, ya que pudo haber causado la mina definitiva a unas personas que confiaban en usted y le pagaron generosamente sus servicios.

—¡Maldito tipo, parece usted un brujo, y tal vez lo sea! —aulló Delt, exasperado—. ¡Pero no va a poder impedir que le aplaste de una vez por todas!

Y cuando todavía no había cesado de hablar, hizo algo que, por una vez, sorprendió a Yyl, pillándole sin posibilidad de defenderse.

De los dedos crispados de Borian Delt, escapó algo hacia Yyl. Era un ancho cuchillo de afilada hoja, lanzado por el marinero con mortífera puntería. Delt era un granuja de los muelles, y conocía bien esos trucos. Un arma blanca, oculta en su manga, y disparada hábil e inesperadamente, podía ser un instrumento de muerte y destrucción hasta delante de un superhombre de otras galaxias, poco o nada acostumbrado a enfrentarse a semejantes recursos de rata portuaria de la peor calaña.

Así, la hoja de afilado metal zumbó en el aire vertiginosamente, disparada con potencia y tino contra el cuerpo, indefenso en esos momentos, del hombre de Andrómeda...



Lem Aghark salvó la vida en ese momento a Yyl. De haberse limitado a ser pasivo espectador de la escena, le hubiera sido imposible de todo punto evitar que la muerte, en forma de punzante acero, penetrase hasta lo más hondo en el corazón de aquel hombre.

Pero Lem era ágil y de reflejos rápidos. También era un ser humano del planeta Tierra, y conocía mejor que Yyl las malas artes de sus propios hermanos de raza, aunque fuesen de la baja condición de Borian Delt, el traidor y confidente.

Así, saltó ágilmente, con un grito ronco, interponiéndose entre el

arma y su objetivo. El acero penetró en su carne como un cuchillo en la manteca, y con un gruñido sordo de dolor, Lem cayó de rodillas, sintiendo clavado en su cuerpo aquel acero poderoso y afilado.

—¡Maldito asesino! —silabeó Yyl, con un destello de cólera infinita en sus escalofriantes pupilas.

Y alargó su brazo, inexorable, frío como un témpano, cruel y mortífero como el mismo acero que Borian Delt lanzara sobre él poco antes—, ¡Muere, puesto que ése es tu justo castigo, criminal!

De sus dedos rígidos escapó algo fulgurante, una especie de rayo cárdeno, cegador, que alcanzó al traidor de lleno. Todo el cuerpo de Delt pareció incandescente por unos momentos. Un alarido de infinito dolor y pánico escapó de su boca crispada, se le desorbitaron los ojos, erizados sus cabellos, y posteriormente, el cuerpo que rodó por cubierta era un ennegrecido carbón de forma aparentemente humana, y en cuyos restos no quedaba el menor soplo de vida. Atónito, sin poder creer lo que veía, el tambaleante e inseguro Nick Nob, recién recuperado de su inconsciencia, sangrando copiosamente por entre sus cabellos, contempló el final dantesco de aquel choque dramático sobre la cubierta de su embarcación. Miró luego a Yyl como se contempla a un dios llegado de otro confín.

Yyl no le hizo caso. Se encaminó rápidamente a Lem, que se agitaba en cubierta, ensangrentado, asistido por la llorosa Cylda. Inclinóse, contemplando su profunda herida, de la que emergía el mango del cuchillo asesino.

Lo arrancó lenta, suavemente. Su mirada hipnótica se fijó en Lem, y pareció ser como un bálsamo o un sedante para el herido. Lem dejó de retorcerse, y su rostro tomó un aspecto apacible, sereno. La sangre se coaguló en su epidermis. Dejó de sangrar el boquete.

—Mi pobre amigo... —murmuró Yyl—, Arriesgó su vida por salvarme.

—Tenía que hacerlo —jadeó Lem—. No es justo dejar morir a alguien, si se puede impedir. Usted no podía, Yyl, porque ignora esas jugarretas sucias de los humanos de este asqueroso planeta. Yo sí lo intuí a tiempo... Lo siento, Cylda. Tendrás que llegar tú sola a Islaville...

—No, Aghark —rechazó Yyl, sujetando con fuerza el hombro de Cylda, para impedir que estallara en amargo llanto—. Eso no sucederá. Tal vez no hubiese podido curarme a mí mismo y salvar mi vida, porque ahora sé que ese cuchillo iba directo a mi corazón, y hay algo que ni siquiera nosotros, en Xigur, podemos hacer: evitar la muerte cierta. Pero su caso es diferente. Le hirió en el costado. La hemorragia terminaría con su vida irremisiblemente, Aghark, puesto que no veo otros daños irreparables en su organismo. Yo he detenido ahora su hemorragia con mi poder mental. La herida cicatrizará en un

par de horas, y estará a salvo. No tiene nada que temer.

—Dios del cielo, Yyl, ¿usted puede hacer eso? —sollozó Cylda, besando la mano delgada y sensitiva de Yyl.

—Cylda, no tiene que agradecerme nada —rechazó él majestuosamente—. Vida por vida. Su esposo se sacrificó para salvarme. Yo le devuelvo esa vida que iba a perder por causa mía. Es lo justo.

—No logro entender nada —jadeó Nob, contemplando el cuerpo carbonizado de su socio, las naves paralizadas en torno, que se iban alejando ya, al seguir ellos navegando a toda marcha, y finalmente la herida mágicamente curada de Lem—. ¿Es usted un brujo, amigo?

—Algo parecido —sonrió burlonamente Yyl—. Algo parecido, sí. Tuve que actuar así, para salvar nuestras vidas. Su amigo Delt era un traidor…

—Sí, me doy cuenta de ello —afirmó Nob sombríamente—. ¿Van a permanecer mucho tiempo paralizadas esas embarcaciones?

—El suficiente. Naveguemos sin temor. Ya no podrán darnos alcance…

Lem se incorporaba, ayudado por Cylda y por Yyl. Parecía asombrado no sólo por su curación, sino porque la herida ya no le dolía. Miró a Yyl con gratitud.

—Después de todo, es usted un buen tipo —comentó—. Lástima que exista esa leyenda de Xigur…

—Sí, lástima —manifestó lentamente Yyl, elevando sus ojos al cielo, tal vez en busca del remoto destello de las neblinas luminosas de la galaxia de Andrómeda—. Porque quien falta al juramento de venganza y justicia, debe romper esa lápida del Oráculo, y considerarse maldito de por vida, lejos de su pueblo y de su gente hasta el día de morir…

Lentamente, se adentró en los camarotes de la nave. Lem y Cylda le siguieron en silencio. La nave de Nob aceleró más aún su marcha, cuando éste se hizo cargo nuevamente de los mandos. El peligro, en forma de naves oficiales paralizadas sobre, el mar, fue quedando atrás, muy atrás…

CAPITULO VIII

—¡ISLAVILLE! ¡Estamos llegando a Islaville!

El grito de triunfo de Nick Nob conmovió toda la nave. Lem Aghark y Cylda salieron rápidamente de su camarote, precipitándose a la cubierta. Abrazados, azotados sus rostros por el viento marino, salobre y sano, que agitaba sus cabellos y se adhería a sus ropas, contemplaron la bandera acogedora de Islaville, ondeando en la costa, frente a ellos, como una esperanza. Una esperanza de supervivencia, al menos para ellos, ya que el futuro hijo, infortunadamente, no podría sobrevivir ni siquiera en Islaville. Yyl, príncipe de Xigur, se encargaría de ello.

—¿Dónde está Yyl? —preguntó Cylda en voz alta, mirando en torno—. Creí que también sentiría interés por ver esa tierra que va a acogernos, Lem...

—Es cierto —éste arrugó el ceño, al no ver en cubierta a su compañero de viaje, el ser llegado de otras galaxias—. Tal vez descanse... Después de todo, sabes que él no siente emociones como nosotros.

—Iré a llamarle —dijo Nob, descendiendo por la escalerilla rápidamente.

Poco a poco, los arrecifes de Islaville se fueron aproximando. Una embarcación costera del país isleño, se aproximó velozmente para darles la bienvenida. Sabían bien allí que todo viajero llegado de los mares, venía en busca de asilo y de vida para madre e hijo. Su hospitalidad estaba asegurada siempre de antemano. Islaville, con sus numerosos Niveles de factorías y plantas de trabajo submarinas, necesitaba de hombres y mujeres para mantener su existencia segura. Allí, incluso dos hijos podían vivir tranquilos, aunque su planificación familiar no permitiese más descendencia.

Nob regresó pronto, con expresión perpleja. Sacudió la cabeza negativamente.

—No está en su camarote —informó.

—¿Cómo? —se extrañó Lem—. Andará por ahí...

—No. No está a bordo, creo —explicó Nick Nob sorprendentemente.

—Pero ¿qué dice? ¡No puede haberse ido en pleno viaje!

—Eso digo yo. Las lanchas salvavidas están intactas .—Nob se encogió de hombros—. Pero ese tipo es algo raro, ¿no? Capaz de las cosas más sorprendentes... Lo cierto es que se fue, aunque ignoro en qué forma. Aquí tiene lo que ha dejado en su camarote. Parece ser un mensaje para usted, quizá una despedida...

Tendió algo a Lem. Este, perplejo, tomó de los dedos de Nick Nob aquella cartulina plástica, de brillo irisado. La desdobló. Era un mensaje, ciertamente. Estaba escrito por Yyl, con letra azul fosforescente.

Leyó el texto, breve y preciso:

> «No podría hacerlo, Lem.
>
> »Usted me ha enseñado algo que no se conoce en Xigur, aunque en su mundo haya otras cosas malas: fue capaz de sacrificarse por alguien que iba a destruir a su futuro hijo. No lo entiendo, pero me ha impresionado mucho.
>
> »No, no podría hacerlo. Debo faltar a mi juramento y ser maldito para siempre. Iré a la Montaña Negra, destruiré la lápida de la Leyenda, y me alejaré a los Yermos de mi planeta para esperar la muerte en el destierro de los Malditos.
>
> »Sean felices, amigos. Y que su hijo Lem nazca y se cumpla su destino, sea cual fuere. Ahora empiezo a pensar como usted: lo que ha ocurrido o va a ocurrir, no puede evitarse ni viajando en el Tiempo. Y si pudiera hacerse, no sería justo.
>
> »Adiós. Hasta nunca ya.
>
> Yyl.»

Entregó el mensaje a Cylda, Lágrimas silenciosas rodaron de los ojos de ésta. Se abrazó con mayor fuerza a Lem, y oprimió suave, tiernamente, su vientre y lo que en él germinaba.

—Gracias, Dios mío, por abrirle los ojos —musitó. Y elevando su mirada húmeda al cielo, en inútil búsqueda, ya en pleno día, de la remota claridad galáctica de Andrómeda, añadió con dulzura y gratitud—: Y gracias a ti, Yyl amigo… Gracias de corazón.

Seguramente, Yyl nunca podría captar esas palabras suyas. Pero algo, en el fondo de su ser, despierto a la sensibilidad humana de los terrestres, le indicaría que una mujer, una futura madre, agradecía su rasgo final de generosidad y de ternura.

—De todos modos, Cylda, tampoco será justo —murmuró Lem a su lado.

—¿Justo? ¿El qué? —preguntó ella, como saliendo de un sueño.

—Lo que Lem, nuestro hijo, hará en el futuro. No es justo que visite por un error o una avería el planeta Xigur… y condene a la amargura y el dolor a un hombre como Yyl, causando la ruina y la muerte de una hermosa muchacha…

—Lo sé, Lem —afirmó ella, repentinamente ensombrecida—. ¿No

podrá evitarse eso de alguna forma?

—Mucho me temo que no —suspiró Lem, moviendo negativamente su cabeza, perdida la mirada en la cercana costa de Islaville—. Después de todo, recuerda cuál es mi teoría, que incluso Yyl ha terminado por aceptar: nada de cuanto tiene que suceder, dejará de suceder aunque intentemos evitarlo… Y eso de Lem, querida… *ha ocurrido ya* en el futuro, no lo olvides…

—No, Lem. No lo olvido… —musitó ella, sintiendo una única sensación de angustia, de reproche para el hijo que aún no había nacido y que tanto dolor iba a causar a otras personas andando el tiempo.



—Amor… Amor mío… Ayúdame…

Era una voz. Sólo eso. Una voz lejana, remota, débil. Una voz que flotaba en alguna parte, no sabía dónde…

Conocía esa voz. Tierna, cálida, profunda… Una voz amorosa, dulce, adorada. La voz del ser querido.

No, no podía ser, pensó. Tal vez solamente una sensación, un hecho imaginativo. Su mente se había alterado sin duda con su visita al planeta Tierra, al Pasado. Y cosas que no existían llegaban a su cerebro, a sus sentidos.

—Amor mío… Yyl, mi vida… Tienes que ayudarme… Sólo tú puedes hacerlo…

Era la voz de ella… ¡*Ella*!

—No puede ser… —musitó—. /*Arcania*!

Y la voz de Arcania, la mujer amada, volvió a llegarle, envuelta en aquel silencio insondable y profundo de las regiones donde no existía Tiempo ni Espacio, del infinito Túnel donde esos dos conceptos dejaban de ser, para convertirse en una nueva e inconmensurable dimensión.

—Yyl… Te necesito… Ven… Ven a sacarme de aquí… Quiero volver… Volver a tu lado. Perdona mi error… Yyl, mi vida… Si aún me amas… *rescátame*…

Y de repente, con un escalofrío, comprendió.

Su cuerpo convertido en nada, su materia hecha energía por encima del tiempo y del espacio, en el túnel de la otra dimensión por la que viajaba, de regreso a Xigur, en viaje de retorno a Andrómeda, a través de años-luz de distancia, se llenó con las sensaciones del horror

y de la esperanza al mismo tiempo.

Arcania, ¡no había muerto!

Nunca estuvo muerta. No cayó al abismo, a la Sima de la Muerte y la Eternidad. La despedida de Lem Aghark II no significaba que ella hubiese muerto. Era una lamentación porque ella intentó seguirle... y se perdió en el Túnel del Espacio-Tiempo.

Arcania estaba perdida ahora entre el tiempo y el espacio, sin posibilidad de volver a él, sin pasado, presente mi futuro.

A menos que él, Yyl, pudiese rescatarla todavía, en su viaje de retorno a Andrómeda...

—¡Arcania, ya voy! —clamó sin voz, pero con toda la fuerza patética de sus sentidos—. ¡Arcania, lo intentaré! ¡Debo encontrarte primero... e intentar luego el rescate!

Y pidió a sus dioses que le ayudaran, Y se concentró en la tarea como nunca su poderosa mente lo había hecho.

Voló, voló, inmaterial, invisible, pero lleno de sensaciones, entre franjas infinitas de luz y de color, por zonas y regiones más allá de lo material y de lo existente, al margen de mundos, astros y del propio universo... Flotó un ser, hecho energía pura, idealizado en los confines de la Nada, en los lugares donde el Tiempo y el Espacio jamás existieron... hasta *ver* a Arcania.

Verla con su mente, con su percepción extrasensorial, con sentidos que ningún ser físico o corpóreo posee. Verla allí, flotando en un océano infinito de vacío total, de ausencia de formas, cosas y materia. Flotando en lo que no era nada, en una eternidad irreal y sin dimensiones.

Una mano se tendía hacia él, patética, implorante, esperanzada. Una mano que no existía corpóreamente, que él no podía ver, pero sí intuir, *sentir* prácticamente, rozando con sus dedos invisibles la invisibilidad sensitiva de su propia mano diluida en energía inmaterial.

Y por fin, la presión, el lazo. Dedos con dedos, mano con mano. Un tirón violento hacia la salvación... O tal vez hacía la perdición definitiva.

Pero estando con Arcania, eso importaba ya poco. Estando juntos los dos, lo demás ya no contaba para Yyl. Había encontrado al ser amado. Arcania, rescatada del vacío absoluto, estaba con él, flotando hacia alguna parte, hacia la vida o hacia la inexistencia. Pero unidos. Sujetos el uno al otro. Sintiendo palpitar sus corazones, vibrar su mutua atracción...

Y, de repente, todo se materializó en tomo suyo,

Yyl y Arcania se encontraron en el punto de origen donde él iniciara su viaje cósmico en el futuro. El Tiempo y el Espacio habían saltado atrás, a sus espaldas.

Era de nuevo *su* presente.

Allí estaba la Montaña Negra. Allí la lápida de la Leyenda y el Oráculo. Allí, aferrada a él, colgando del abismo, desnudo su cuerpo, desprendidas de él ropas y diadema, pulsera de compromiso, estaba Arcania, rescatada del Espacio-Tiempo, pero todavía colgando del abismo, como si pudiera caer a él.

Un último esfuerzo, esta vez físico, totalmente humano, poniendo sus músculos, tendones y nervios al servicio de su afán desesperado, un tirón hacia arriba y Arcania estaba a salvo.

Lo hizo.

Y Arcania se salvó. La tuvo a su lado. Tendida en las negras rocas de basalto, sollozando, abrazándose a sus piernas, desnuda y virginal.

—Oh, Yyl, Yyl, amor... —musitó—. Pudiste salvarme en el último momento, iba a perderme ya en la distancia del Espacio-Tiempo... cuando sentí que pasabas cerca de mí... Debes perdonarme. Estaba loca... Creí amar al hombre de otro planeta. Iba a irme con él... Y él me rechazó. Dijo que era fácil amarme, pero que mi lugar estaba aquí, a tu lado, y no con él... Me rechazó, yo intenté seguirle cuando su nave se proyectó hacia otra Dimensión y alcanzó el Túnel... y entonces caí, me perdí... El intentó evitarlo. Y no pudo. No pudo, Yyl... Todo por mi culpa. Luego, se perdió en la distancia, de regreso a su mundo. No pudo evitar que yo me perdiera en ese túnel infinito... flotando en la nada, en la ausencia de dimensiones...

—Cálmate, Arcania querida —la confortó Yyl, abrazándola, haciéndola levantarse, besando sus cabellos, su rostro, sus labios trémulos—. Está todo perdonado, olvidado... Todos podemos cometer errores. Arcania, lo importante es que has vuelto... y que la Leyenda no hará malditas nuestras vidas, puesto que no hubo acción malvada que mereciese justicia o venganza... Vamos de aquí, Arcania, volvamos a casa, junto a mi padre...

—Yyl, amor mío... —los ojos de ella, le miraron, radiantes de felicidad—. ¿De dónde venías en ese momento, cuando me pudiste alcanzar y salvar de la perdición definitiva?

—De muy lejos, Arcania —sonrió Yyl amargamente—. De muy lejos. De dejar a unos amigos en el camino de la felicidad... Me gustaría que ellos conocieran este final feliz de nuestras vidas, para que nada ensombrezca el hecho del nacimiento de su hijo.

—¿Qué hijo, Yyl?

—Oh, nada, olvídalo. No tiene importancia. Sería difícil que lo entendieras. Tal vez consiga un medio de informarles. Tal vez...

Y rodeando a Arcania con su fuerte brazo, Yyl emprendió el lento regreso a la ciudad de Xigur, dejando atrás la Montaña Negra y el Oráculo con su Leyenda sin Tiempo.

CAPITULO IX

—LEM Aghark II... ¡Bien venido a la vida!

Lem contempló con orgullo a su hijo. Cylda sonrió, reteniéndole en brazos. La criatura, rubia y delicada* fue besada por su padre. Pero ambos, al mirarse luego, reflejaron cierto dolor en su gesto. Miraron a Lem Aghark II en silencio.

—Es una hermosa criatura —comentó Cylda.

—Sí, lo es —asintió Aghark—. Dios mío, si no fuese por lo que sabemos...

—Calla —rogó ella, estremeciéndose—. No pienses ahora en ello. No ha ocurrido.

—Pero ocurrirá. Y será él quien resulte responsable de todo... —miró a su hijo a los ojos, encontrando la ingenuidad, la inocencia de su niñez, de primera aparición en el mundo, en la vida—. Dios mío, Lem, hijo mío, si pudiera yo evitarlo de alguna forma...

Él niño sonreía dulcemente, ajeno a lo que pudieran decirle, a todo aquello que él aún no era capaz de entender. Lem Aghark, exasperado, fue a la ventana. Contempló la ciudad, capital de Islaville, donde ya se sentían seguros y acogidos amistosamente, brillando sus luces en la noche.

Elevó sus ojos al cielo. Estaba despejado. Era una noche cálida y luminosa. Buscó una nebulosa en concreto. No le costó mucho encontrarla.

Andrómeda.

Clavó sus ojos en ella. Pensó en Yyl. En Arcania.

En Lem Aghark II En el futuro...

Se estremeció. Parpadeó, incrédulo.

No, no era posible. No podía estar viendo *aquello*.

—Cylda... —susurró—. Cylda, mira... Dime que no es una alucinación...

Cylda se irguió en su lecho flotante, suave. Los ojos de ella recorrieron el cielo tachonado de astros. Notó que temblaba.

—Lem... —jadeó Cylda—, Es... es una imagen... formándose en el vacío...

—¡Sí! —susurró él—. Pero no es... *no es posible*...

La imagen era posible. Existía, al menos para ellos.

Llegaba de Andrómeda. Era una luz. Una bruma que iba materializándose ante la ventana, penetrando en la estancia, confluyendo, en forma de rayo de luz fosforescente sobre la mesa de la estancia donde naciera Lem Aghark II, donde ellos estaban ahora con su hijito...

Y esa imagen difusa, que dibujaba luminosamente en el vacío los rostros de un hombre de níveos Cabellos y rostro altivo, y el de una mujer hermosísima, radiante de esplendor, se materializó finalmente en un delgado rayo luminoso que abrasó la materia plástica de la mesa… dibujando, una a una, las letras de un mensaje legible, asombroso, insospechado.

Un mensaje llegado del Futuro, de la distancia inconmensurable, de más allá de los millones de años-luz que les separaban de Andrómeda…

Un texto que se materializó ante sus miradas atónitas, grabándose indeleblemente en la mesa, grabándose letra a letra en la superficie plástica del mueble:

> «ARCANIA PERDIDA EN EL ESPACIO-TIEMPO. LA RESCATE SOMOS FELICES. ADIOS, AMIGOS. YYL DE XIGUR.»

—¡Yyl! —jadeó Lem, atónito—. ¡Es él! ¡Su mensaje!

—Y ella… vive… —los ojos de Cylda se llenaron de lágrimas—. Oh, gracias, Dios mío… ¡Lem no causó daño alguno! ¡No *causará* daño en el futuro, Lem!

—No, no lo hará —suspiró Lem Aghark, emocionado—. Yyl, no sabes qué felices nos sentimos en este momento, amigo querido…

El rayo de luz se diluía ya. Dejaba de existir. La imagen neblinosa en el cielo se difuminó hasta ser simple oscuridad celeste.

Supieron que ya nunca más verían a Yyl. Pero allí quedaba su mensaje, grabado en una mesa. Como un recuerdo indeleble. Tal vez en el futuro, pensó Lem, serviría también de consuelo este mensaje a alguien.

Cuando Lem regresara de Andrómeda, años más tarde, con el dolor de haber causado la muerte a una mujer del lejano planeta, se encontraría en la Tierra con este mensaje que Lem Aghark pensaba guardar celosamente, para mostrárselo a su hijo tras ese regreso de las estrellas, y poderle decir entonces:

—No sufras, hijo mío. No causaste mal alguno. Una vez, en el Tiempo, alguien me informó de esto. Aquí tienes la prueba de que Yyl y Arcania son felices, y tu presencia allí solamente causó un trastorno que el propio Yyl resolvió en su viaje cósmico. No habrá venganza. No hay leyenda que se refiera a ti en lugar alguno del universo. Vive tranquilo. No te tortures. Nada sucedió. Sí, se lo diría alguna vez. Pero solamente *después* de ese viaje espacial de su hijo, en el futuro. Eso no alteraría lo sucedido. Porque lo que tenía que suceder, lo que *ya* había sucedido en el Futuro, no se podía alterar.

Abrazó al niño con fuerza, besó sus rubios cabellos, y miró a las estrellas.

—Adiós, Yyl —musitó—. Hasta nunca, amigo. Que seáis tan felices como nosotros…

FIN

Table of Contents